

Sófocles

Nació en Colono, el año 496, y murió el 406. Enriqueció la escena al introducir el tercer actor. En sus obras, los personajes son seres de elevados ideales, pero más humanos que los de Esquilo.

Compuso 80 tragedias, pero sólo se conservan siete: *Antígona*, *Edipo rey*, *Edipo en Colono*, *Electra*, *Ajax*, *Filoctetes* y *Las traquinias*. Las más importantes son, con diferencia, las dos citadas en primer lugar.

Introducción a *Edipo, rey*

Vamos a leer íntegramente una de las obras más características y maravillosas del teatro trágico griego: *Edipo, rey*. Y antes de emprender tan magnífica aventura, debes tener en cuenta algunas cosas.

El ciclo tebano

La acción de la tragedia se sitúa en Tebas, una ciudad griega que no alcanzó la importancia política ni cultural de Atenas, ni el poderío militar de Esparta; sin embargo, representa posiblemente uno de los centros culturales de la antigua Grecia. Como casi todas las ciudades helénicas, Tebas tuvo unos orígenes explicados por la mitología: fue fundada, por orden de Apolo, por Cadmo, hijo del rey fenicio Agenor, después de haber consultado el oráculo de Delfos. Sobre el lugar que el oráculo había designado, Cadmo mató un dragón nacido de Ares que había exterminado a sus compañeros. Atenea le aconsejó que sembrara los dientes del monstruo, de los cuales surgió un ejército de hombres armados llamados los *Espartoi* ("los hombres sembrados"). Cadmo lanzó piedras sobre ellos que, confusos, empezaron a acusarse unos a otros de haberlas arrojado y terminaron matándose entre sí. Solo sobrevivieron cinco, y con su ayuda Cadmo fundó la ciudad de Tebas. Después de expiar la muerte del dragón sirviendo como esclavo a Ares durante ocho años, Cadmo se convirtió en rey de Tebas y Zeus le entregó por esposa a Harmonía, hija de Ares. La pareja tuvo una numerosa descendencia. Dice la leyenda que Cadmo enseñó a los hombres el arte de uncir los bueyes y arar los campos, mostrándoles también cómo explotar las riquezas mineras de la tierra. Además de Tebas fundó varias ciudades e importó el alfabeto. Personifica la influencia de la civilización oriental en la primitiva Grecia. Ya ancianos, partieron hacia Iliria, donde reinaron todavía antes de ser transformados en serpientes y alcanzar los Campos Elíseos.

Edipo, rey es una de las tragedias del llamado *ciclo tebano*, es decir, pertenece al grupo que sitúa la acción en torno a sucesos ocurridos en Tebas; al mismo grupo pertenecen *Edipo en Colono* y *Antígona*, también de Sófocles, sin olvidar a Esquilo, autor de *Los siete contra Tebas*, o a Eurípides, que había compuesto *Las bacantes*, que también recoge un episodio de la historia mítica de la ciudad. Aunque seguramente *Edipo, rey* no es la que primero escribió Sófocles, sí que es la base y el origen de las otras y, aun así, los hechos que desencadenan la serie tuvieron lugar, como veremos, años antes del comienzo de esta tragedia.

Argumento

La obra comienza con el llanto de los tebanos, que acuden a su rey Edipo en demanda de ayuda contra la enfermedad que asola la ciudad. Edipo, que ya salvó a los tebanos de la Esfinge, anuncia que pondrá todos los medios para remediar el problema y hallar y castigar al culpable (en la mentalidad antigua, las desgracias colectivas tenían un culpable individual). Envía a unos emisarios al oráculo de Apolo en Delfos, y hace llamar al anciano adivino Tiresias. Éste afirma con claridad que el culpable es el propio Edipo, por haber matado a su padre y por vivir incestuosamente con su propia madre. Edipo, naturalmente, no lo cree, pero conforme avanza la obra va teniendo al principio sospechas, y poco a poco la total certidumbre de que, en efecto, él mató a su padre Layo (aun sin saber quién era) y hace vida matrimonial con su madre, Yocasta. Al saberlo, ésta se suicida, y Edipo, desesperado, se arranca los ojos, terminando la tragedia con la marcha de Edipo, acompañado por sus hijas Antígona e Ismene.

Los personajes

Los personajes más importantes de la tragedia son Edipo -naturalmente-, Yocasta y Tiresias.

Edipo

Edipo es, en esta obra, el prototipo del personaje *redondo*, es decir, el más complejo desde el punto de vista psicológico. Al comienzo de la tragedia es *el rey*, o sea, una persona dotada de amplios poderes públicos que no consiente que se le contradiga; amenaza con la muerte a Tiresias, y en todo momento se muestra inflexible. Pero conforme se va dando cuenta de los crímenes que, aun de forma involuntaria, ha cometido, se va debilitando y mostrando su faz más auténticamente humana: los reyes -los poderosos- son, a fin de cuentas, hombres como los demás, viene a decir Sófocles, capaces de las mismas grandezas y miserias que el resto de los mortales.

Es muy interesante seguir su evolución, su paulatino proceso de *autoanagnórisis*, es decir, de autorreconoci-

miento como la persona que ha ocasionado la desgracia a la comunidad, aunque cuando cometió los pecados que originaron esa desgracia él no tenía conciencia de culpa, ni podría tenerla. Por su versatilidad, por su gradual reconocimiento de los hechos, Edipo es capaz de resistir la dureza de su situación, aunque se quite los ojos para no seguir viendo el mundo: cuando tenía vista, Edipo no quería *ver* la realidad, y una vez que la ha *visto*, no necesita seguir viendo nada más, porque tiene ya la *vista* más importante: el conocimiento de la fuerza del destino.

Yocasta

La madre-esposa de Edipo es una mujer más rígida e intolerante que su hijo-esposo, aunque puede dar la impresión contraria. Es una mujer descreída, que no hace caso de los oráculos ni de los dioses, como se puede comprobar en varias ocasiones, y que sólo quiere vivir el presente al lado de Edipo, del que está enamorada como mujer (ella tampoco sabe que es su madre). Pero cuando los hechos -en los que nunca había creído- se le ponen delante con todo el peso de la evidencia, Yocasta *se rompe*, es incapaz de aceptar la realidad y todo su mundo se destruye: por eso no tiene más salida que el suicidio. Es curiosa su psicología: resulta un ejemplo claro de que *lo más duro es precisamente lo más frágil*, y por ello es dura hasta el final, pero cuando llega ese final se rompe como un vaso de cristal.

Tiresias

Tiresias es el prototipo del anciano adivino, lo que en la tradición judeocristiana podríamos denominar un *profeta*. No da su opinión personal, sino que se limita a ser la voz de los dioses; por ello mantiene siempre un tono de aparente frialdad y apartamiento de los hechos y de las circunstancias que se ve obligado a denunciar. Se le representa como *ciego*, precisamente para destacar su capacidad de *ver* no ya el futuro o el pasado, sino las extrañas y misteriosas relaciones que hay entre hechos, y que los seres humanos normales, o que se creen normales, no son capaces de percibir. Por ello, cuando se desencadena la tragedia, queda al margen de todo, y no sufre en su persona ninguna desgracia.

Estructura dramática

La estructura dramática de *Edipo, rey* es relativamente sencilla. Utilizando palabras actuales, diríamos que consta de un solo acto, si bien el desarrollo de su argumento se ve de vez en cuando interrumpido por las intervenciones del coro, que delimitan las principales partes y escenas de la obra. Al ir leyendo el texto, ten en cuenta lo siguiente:

Tres personajes en escena.- Sófocles es el autor que introduce al tercer actor en el escenario; anteriormente, nunca había habido más de dos personajes al mismo tiempo, además del coro. Ello le da una importante vitalidad a los diálogos, aunque a nosotros nos puedan parecer lentos y monótonos.

La función de los coros.- No olvides que cuando interviene el coro, la acción se detiene. El coro representa algo así como la voz de la colectividad, el pensamiento de los espectadores: fíjate que casi todas sus intervenciones son simples reflexiones sobre lo que acaba de ocurrir, o expresiones de la duda sobre lo que va a ocurrir después. Con ello se logra, por un lado, hacer pequeños descansos en la elevada tensión psicológica de la tragedia, y por otra, romper la monotonía de los diálogos (recuerda que los coros, en realidad, decían su intervención cantando, no recitando). El corifeo, jefe del coro, hace siempre una función de intermediación entre los personajes y el coro, pero no se puede considerar un personaje propiamente dicho, porque no interviene para modificar el argumento o para influir en la conducta de los personajes.

Contenido moral

El tema de la obra es, evidentemente, la influencia del destino en la vida de las personas: el destino se presenta como una fuerza ciega, irreductible, que domina a los humanos sin que éstos puedan hacer nada por evitarla. A pesar de todas las precauciones tomadas por Layo cuando el oráculo le pronosticó que su hijo lo mataría, Layo muere a manos de Edipo y se desencadena una importante serie de desgracias.

También hay otro tema importante en *Edipo, rey*: la culpa como realidad en la vida de los hombres, con independencia de que haya o no conciencia de tal. La moral se nos presenta como algo eterno e inamovible, y quien la desobedece, aunque no sea consciente de ello, termina *pagándola*. Lo que hace Edipo es condenable desde cualquier moral: matar siempre es pecado (y más si a quien se mata es al propio padre) y las relaciones sexuales con personas de la misma sangre son siempre condenables. La ignorancia en que vive Edipo no lo salva del castigo, y ello provoca en el espectador o lector de la obra una duda terrible: nadie está seguro de no haber cometido -sin saberlo- crímenes horribles, y si es así, más tarde o más temprano se recibirá el castigo correspondiente. Está claro que, en la ética que aquí presenta Sófocles, quien tiene la última palabra son siempre los hechos que se cometen, y no las circunstancias en que se cometen, porque éstas nunca tendrán fuerza para modificar su valoración moral.

Su valoración a lo largo de los siglos

Ya para los propios griegos, *Edipo, rey* es el prototipo de tragedia perfecta; en su tiempo se protestó por el hecho de que sólo ganara el segundo premio en el certamen anual de Atenas, y eso que Sófocles fue el vencedor multitud de veces. Aristóteles la cita muchas veces en su *Arte poética* como el ejemplo de una tragedia que cumple el ideal del género. Séneca la imitó en una tragedia del mismo título y argumento. Desde el Renacimiento ha sido traducida, escenificada y adaptada multitud de veces, y ya en nuestro tiempo ha servido al célebre psiquiatra vienés Sigmund Freud para tipificar el llamado *complejo de Edipo*, patología afectiva que se da en los hijos varones y que consiste en una excesiva y enfermiza dependencia sentimental y material con respecto a las madres. Quienes padecen ese complejo, están *dominados* por la figura de su madre, a la que ven como el compendio de la perfección, y suelen tener dificultades para entablar relaciones sentimentales y sexuales con mujeres, ya que siempre las comparan con su madre y ésta, *naturalmente*, sale ganando.

Edipo, rey (I)

EDIPO.- ¡Oh, Tiresias! Tú que todo lo sabes, lo enseñable y lo indecible, las cosas del cielo y las terrenales, aunque no ves, comprendes, con todo, de qué plaga está presa la ciudad. Tú eres, señor, el único protector, el único salvador de ella que podemos encontrar. Porque Febo contestó que sólo llegaría el remedio de esta dolencia si, descubriendo bien a los asesinos de Layo, les dábamos muerte o los expulsábamos, desterrados, del país. Tú ahora no nos niegues ni el mensaje de los pájaros ni cualesquiera otro camino que tengas de adivinación. Sálvate a ti mismo y a la ciudad, líbranos de toda impureza del muerto. En tus manos estamos. Para un hombre, ayudar con lo que uno tiene y puede, es la más hermosa de las fatigas.

TIRESIAS.- ¡Ay, ay! ¡Cuán terrible es la ciencia cuando no reporta beneficio al sabio! Estaba bien convencido de ello, y lo he olvidado, pues, de lo contrario, no habría venido aquí.

EDIPO.- ¿Qué ocurre? ¡Cuán desanimado has llegado!

TIRESIAS.- Déjame volver a casa. Así más fácilmente llevarás tú tu destino y yo el mío, si me haces caso.

EDIPO.- No es justo lo que dices ni agradable para la ciudad que te crió, si le privas de esta respuesta.

TIRESIAS.- Porque veo que tampoco tu lenguaje es oportuno. Así para que no me ocurra lo mismo... (*Hace ademán de irse.*)

EDIPO.- No, por los dioses, si lo sabes no te vuelvas, pues todos te lo pedimos suplicantes.

TIRESIAS.- Porque todos sois insensatos. Pero yo nunca revelaré mis males, por no decir tuyos.

EDIPO.- ¿Qué dices? ¿Lo sabes y no hablarás? ¿Piensas traicionarnos y destruir la ciudad?

TIRESIAS.- No quiero afligirme a mí mismo ni a ti. ¿Por qué preguntas eso en vano? No te informarás por mí.

EDIPO.- ¡Oh, grandísimo villano! -pues tú irritarías a una roca-, ¿no hablarás por fin? ¿Te mostrarás tan empedernido e irreductible?

TIRESIAS.- Criticas mi obstinación, pero no te das cuenta de la que anida dentro de ti, y me insultas.

EDIPO.- ¿Y quién no se irritaría al oír tales palabras con las que tú ahora ultrajas a esta ciudad?

TIRESIAS.- Ello por sí mismo llegará, aunque yo lo encubra con el silencio.

EDIPO.- Entonces, lo que vendrá es menester que también me lo digas.

TIRESIAS.- No hablaré más. Ante esto, si quieres, saca tu ira más salvaje.

EDIPO.- Pues bien, en mi furor, no omitiré nada de lo que entiendo. Sabe que me parece haber sido cómplice del crimen y haberlo realizado, aunque no con tus manos.

TIRESIAS.- ¿De verdad? Te conmino que te atengas al bando que publicaste hoy, no nos dirijas más la palabra ni a éstos ni a mí, porque, sábelo, eres tú el mancillador impuro de esta tierra.

EDIPO.- ¿Así, desvergonzadamente, lanzaste semejante frase? ¿Y dónde crees que podrás escapar de esto?

TIRESIAS.- Estoy a salvo, pues vive en mí la fuerza de la verdad.

EDIPO.- ¿De quién la aprendiste? Porque no procede de tu arte.

TIRESIAS.- De ti, pues tú me forzaste a hablar contra mi voluntad.

EDIPO.- ¿Qué palabras? Dilo de nuevo para que lo sepa mejor.

TIRESIAS.- ¿No comprendiste antes? ¿O me tientas para que hable?

EDIPO.- No, hasta el punto que puedo decir que me he enterado. ¡Ea! Repítelo.

TIRESIAS.- Digo que tú eres el asesino que buscas.

EDIPO.- En verdad digo que no dirás alegremente dos veces estos horrores.

TIRESIAS.- ¿He de decir todavía otras cosas para que te irrites más?

EDIPO.- Todo lo que desees, que quedará dicho en vano.

TIRESIAS.- Digo que, sin saberlo, vives en el trato más vergonzoso con los seres queridos y no ves en qué grado de miseria te encuentras.

EDIPO.- ¿Y crees que te alegrarás de hablar siempre así?

TIRESIAS.- Sí, si es cierto que la verdad tiene alguna fuerza. (...)

CORO.- *¿Quién será el que la profética roca de Delfos dijo que realizó con sangrientas manos acciones nefandas? Hora es ya que mueva en su fuga un pie más vigoroso que el de los corceles, rápidos como el huracán. Porque ya armado contra él se lanza, con fuegos y rayos, el hijo de Zeus, al que terribles siguen las infalibles diosas de la muerte. Acaba de brillar desde el nevado Parnaso una voz manifiesta que ordena rastrear por doquiera las huellas del ignoto culpable. Errante va, bajo los agrestes bosques, por rocas y cavernas, como un toro, solitario, desgraciado, con desgraciado pie, tratando de esquivar los oráculos salidos del ombligo de la tierra; pero ellos, siempre vivos, en torno suyo vuelan. Terriblemente, sí, terriblemente me desconcierta el sabio agorero. Ni afirmo ni niego: no sé qué decir. Vuelo a la expectativa sin ver aquí ni detrás.(...)*

Sugerencias para el comentario

1) Observa la diferencia del tono con que hablan Edipo y Tiresias.

2) ¿Toma partido el coro por alguno de los dos? ¿Por qué crees que el coro adopta esa actitud?

Edipo, rey (II)

EDIPO.- He hecho venir un maldito adivino, pues él personalmente deja la lengua libre de todo compromiso.

YOCASTA.- No te preocupes de cuanto dices. Escúchame y convéncete de que no hay ningún mortal que posea el arte adivinatoria. Y brevemente te voy a dar pruebas de ello. Hace tiempo vino a Layo un oráculo -no diré del propio Febo, sino de sus servidores- de que su destino habría de morir a manos del hijo que naciera de él y de mí. Pero a Layo, según dicen, lo mataron un día unos extranjeros, unos ladrones en una triple encrucijada. y en cuanto al niño, todavía no habían pasado tres días de su nacimiento, cuando aquél, atándole los calcañares, le hizo arrojar a una montaña inaccesible. En este caso, Apolo ni llevó a cabo que el hijo fuera el asesino de su padre, ni tampoco que Layo muriera como se temía, a manos de su hijo. Sin embargo, todo ello lo habían divulgado las voces de los oráculos, a las que no debes hacer ningún caso. Porque las cosas que interesan a un dios descubrirlas, él mismo las revela fácilmente.

EDIPO.- ¡Al oírte, mujer, qué incertidumbre de alma, qué turbación de la mente me posee!

YOCASTA.- ¿Qué preocupación te invade para hablar así?

EDIPO.- Me pareció oírte decir que Layo fue asesinado junto a una triple encrucijada.

YOCASTA.- Así se decía entonces y todavía no ha cesado de decirse.

EDIPO.- ¿Y dónde está ese lugar en que sucedió la desgracia?

YOCASTA.- Fócide se llama el país, y allí confluyen el camino de Delfos y el de Daulia.

EDIPO.- ¿Y cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces?

YOCASTA.- Poco antes de que tú aparecieras con el mando de esta tierra, la noticia fue pregonada en la ciudad.

EDIPO.- ¡Oh Zeus! ¿Qué tiene decidido hacer conmigo?

YOCASTA.- ¿Y por qué esto, Edipo, te preocupa?

EDIPO.- No me lo preguntes todavía. y Layo, ¿qué aspecto tenía? Dime, ¿qué edad?

YOCASTA.- Era alto; empezaba a encanecer y no difería mucho de ti en su figura.

EDIPO.- ¡Ay de mí, desdichado! Me parece que, sin saberlo, he lanzado hace un momento maldiciones terribles sobre mí mismo.

YOCASTA.- ¿Cómo dices? No me atrevo a mirarte, señor.

EDIPO.- Me coge un terrible desaliento ante la idea de que fuera vidente el adivino. Pero me lo mostrarás mejor, si me dices una cosa todavía.

YOCASTA.- Vacilo ciertamente, pero contestaré lo que sepa a tus preguntas.

EDIPO.- ¿Cómo viajaba? ¿Iba con escasa escolta o con guarida numerosa, cual corresponde a un rey?

YOCASTA.- Cinco eran en total, y entre ellos había un heraldo. Un solo carro llevaba a Layo. (...)

Sugerencias para el comentario

1) La duda ha aparecido en Edipo: ¿cómo se manifiesta esta duda en su forma de reaccionar?

2) En este punto del drama, ¿tiene Yocasta alguna duda sobre Edipo? ¿cómo se manifiesta?

Edipo, rey (III)

EDIPO.- ¡Oh esposa mía, queridísima Yocasta! ¿Por qué me mandaste venir aquí de palacio?

YOCASTA.- Escucha a este hombre y observa, oyéndolo, en qué paran los augustos oráculos del dios.

EDIPO.- Y éste, ¿quién es y qué ha de decirme?

YOCASTA.- Viene de Corinto para anunciar que tu padre, Pólibo, ya no vive, sino que ha muerto.

EDIPO.- ¿Qué dices, extranjero? Notifícame tú mismo.

MENSAJERO.- Si debo anunciarte, ante todo, claramente esto, ten por cierto que aquél ha muerto, se fue.

EDIPO.- ¿Víctima de un complot o de una enfermedad?

MENSAJERO.- Un peso insignificante derriba a las personas ancianas.

EDIPO.- De enfermedad, según parece, se consumió el desdichado.

MENSAJERO.- Y de los muchos años que contaba.

EDIPO.- ¡Ay! ¿por qué entonces, mujer, nos vamos a preocupar del hogar profético de la Pitia o de los pájaros que graznan en lo alto, por cuyos indicios yo había de matar a mi padre? Pero él está muerto bajo tierra y yo estoy aquí sin haber tocado una espada; a no ser que haya muerto de añoranza, pues, así, habría muerto por mi causa. Pero recogiendo los oráculos en su presente estado, Pólibo yace en el Hades, y nada valen.

YOCASTA.- ¿No te lo venía yo diciendo desde hace tiempo?

EDIPO.- Lo decías, pero yo me desviaba por el temor.

YOCASTA.- Mas, desde ahora, no te atormentes por nada de esto.

EDIPO.- ¿Y cómo no he de angustiarme por el hecho de mi madre?

YOCASTA.- Pero, ¿por qué ha de temer el hombre, sobre quien manda el destino y no tiene previsión cierta de nada? Lo mejor es vivir al azar, cada uno como pueda. Y respecto a las bodas con tu madre, no temas. Pues son muchos los mortales que en sueños han yacido con sus madres, y el que no hace caso de estas cosas es quien más fácilmente soporta la vida.

www.antoniovarojimdo.com

EDIPO, REY (texto íntegro)

PERSONAJES

EDIPO, rey de Tebas.

SACERDOTE.

CREONTE, hermano de Yocasta.

CORO de ancianos de Tebas.

TIRESIAS, anciano adivino y ciego.

YOCASTA, esposa de Edipo, viuda de Layo.

MENSAJERO PRIMERO.

SERVIDOR de Layo.

MENSAJERO SEGUNDO.

La escena se desarrolla en Tebas, ante el palacio de Edipo. Un grupo de ancianos y jóvenes, con ramas de olivo coronadas de lana, aparecen en actitud suplicante. En medio de ellos está el sacerdote de Zeus. Edipo sale del palacio y contempla paternalmente, en silencio, el grupo, durante unos momentos. Después les dirige la palabra.

EDIPO.- Hijos, nuevos vástagos del antiguo Cadmo¹, ¿qué asamblea es esa que me tenéis, coronados de ramos suplicantes? La ciudad está llena del humo del incienso, llena de peanes y lamentos. Y porque juzgo digno no enterarme por otro del asunto, hijos, he venido aquí en persona, yo, el llamado Edipo, ilustre por todos. ¡Ea!, pues, anciano, ya que por tu edad te incumbe hablar en nombre de éstos, dime: ¿Por qué estáis en tal postura? ¿Acaso por temor o por deseo? Ten por seguro que os prestaría toda mi ayuda, pues insensible habría de ser si no me compadeciera de esta súplica.

SACERDOTE.- ¡Oh, Edipo!, soberano de mi tierra, ves la edad de los que estamos acogidos a tus altares: unos, no tienen todavía fuerzas para volar lejos; otros, les pesa la vejez. Yo soy sacerdote de Zeus, y éstos de aquí un grupo selecto de jóvenes. El resto del pueblo, con coronas, está arrodillado en las plazas, ya junto a los dos templos de Palas, o cerca de la ceniza profética de Ismeno². Pues la ciudad, como tú mismo ves, está sacudida por encima del sangriento oleaje. Se consume en los gérmenes fructíferos de la tierra, se consume en los rebaños de bueyes que pacen y en los partos estériles de las mujeres. Un dios portador de fuego acosa furiosamente la ciudad, la peste odiosa, que vacía la mansión de Cadmo, mientras que el negro Hades se enriquece de gemidos y lamentos. Ni yo ni estos niños que estamos arrodillados ante tu hogar te igualamos a los dioses, pero sí te consideramos el primero de los hombres en los acontecimientos de la vida y en las vicisitudes procedentes de los dioses. Pues tú, al llegar a la ciudad de Cadmo, nos libraste del tributo que pagábamos a la dura cantora³; y eso, sin haber recibido de nosotros información ni instrucción alguna, sino que con la ayuda de algún dios, así se dice y se cree, enderezaste nuestra vida. También ahora, poderoso Edipo, querido de todos, a ti acudimos todos suplicantes, para que nos encuentres alguna defensa ya la sepas por haber oído la voz de un dios o te la haya comunicado un hombre. Pues veo que a las gentes de experiencia se les confirman mayormente los resultados de sus consejos. ¡Ea!, levanta nuestra ciudad, tú, el mejor de los hombres. ¡Ea!, ten cuidado, pues ahora esta tierra te llama su salvador, por tu celo anterior. No quieras que recordemos de tu reino el habernos levantado y luego hundido. No, endereza de nuevo esta ciudad con firme seguridad. Con auspicios felices nos proporcionaste la ventura de entonces; muéstrate ahora igual. Porque si has de gobernar esta tierra, como ahora reinas, mejor es reinar con hombres que vacía. Nada son, ni una torre ni una nave, sin hombres dentro que las habiten.

EDIPO.- Hijos dignos de lástima, me es conocido y no lo ignoro, el anhelo que os hace venir hacia mí. Bien sé que todos sufrís, pero a pesar de los sufrimientos, no hay ninguno de vosotros que sufra tanto como yo. Vuestro dolor atañe sólo a cada uno de vosotros y a nadie más; en cambio, mi alma gime por la ciudad, por mí y por ti a la vez. De tal manera que no me despertáis entregado al sueño. Sabed que son muchas ya las veces que me he echado a llorar y que he recorrido muchos caminos en las divagaciones de la preocupación. El único remedio que, examinándolo bien, encontré, lo puse en práctica: al hijo de Meneceo, Creonte, mi cuñado, envié a la pítica mansión de Febo⁴, a enterarse de qué he de hacer o decir para salvar esta ciudad. E incluso este día, cuando lo computo con el tiempo transcurrido, me aflige pensando qué le ocurrirá. Pues, su ausencia, contra lo natural, dura más de lo debido. Pero cuando llegue, sería yo un malvado si dejase de cumplir cuanto declare el dios.

SACERDOTE.- Oportunamente hablaste: me acaban de indicar éstos que Creonte se acerca.

EDIPO.- ¡Soberano Apolo! Ojalá viniera con destino salvador, radiante como el brillo de sus ojos.

SACERDOTE.- Conjeturamos que viene contento. De lo contrario, no llegaría coronado con una guirnalda de laurel con bayas.

EDIPO.- Pronto lo sabremos. Está al alcance de la voz. Príncipe, cuñado mío, hijo de Meneceo, ¿qué respuesta nos traes del dios?

¹- Cadmo: Hijo de Antenor, fundador de la ciudad de Tebas.

²- La diosa Atenea tenía dos templos en Tebas. Ismeno era hijo de Apolo y en su altar se practicaba la adivinación por medio de sacrificios.

³- La Esfinge, especie de diosa maléfica, con cara de doncella, y cuerpo de animal y alas, que planteaba enigmas a los viajeros y devoraba a los que no sabían resolverlos.

⁴- Es decir, Delfos, en donde Apolo tenía el principal santuario, establecido en el lugar en que mató a la serpiente Pitón.

CREONTE.- Buena, pues digo que todas las desgracias, si logran acabar bien, pueden resultar venturosas.
 EDIPO.- Pero, ¿cómo es el oráculo? Porque no estoy animoso ni me alarmo por lo que has dicho hasta ahora.
 CREONTE.- Si deseas oírme en presencia de éstos, dispuesto estoy a hablar, como si quieres entrar dentro.
 EDIPO.- Habla delante de todos. Pues me aflijo más por ellos que incluso por mi propia vida.
 CREONTE.- Puedo decir, entonces, lo que oí de parte del dios. Febo nos manda claramente expulsar un miasma de esta tierra, como criado en ella y no alimentarlo hasta que sea incurable.
 EDIPO.- ¿Con qué sacrificio expiatorio? ¿Qué clase de mal es?
 CREONTE.- Expulsando a los culpables o expiando muerte por muerte, porque esta sangre azota a la ciudad.
 EDIPO.- ¿Y cuál es el hombre cuya muerte denuncia el oráculo?
 CREONTE.- En otro tiempo, señor, era Layo el soberano de esta tierra, antes de que tú gobernaras esta ciudad.
 EDIPO.- Lo sé de oídas, pues nunca lo vi.
 CREONTE.- Está muerto, y el dios ahora nos ordena claramente castigar a quienes lo mataron con su mano.
 EDIPO.- Pero éstos, ¿dónde están? ¿Dónde se encontrará la huella, difícil de investigar, de crimen tan antiguo?
 CREONTE.- Decía que en esta tierra. Lo que se busca se puede encontrar, pero se escapa lo que se descuida.
 EDIPO.- ¿En casa, en el campo o en tierra extraña cayó Layo asesinado?
 CREONTE.- Se había ausentado, según dijo, para consultar al dios, y ya no volvió de nuevo a casa después que partió.
 EDIPO.- ¿Y no lo vio ningún mensajero, ningún compañero de viaje, cuyos informes podrían ser útiles?
 CREONTE.- Han muerto, excepto uno que, habiendo huido por temor, de todo cuanto vio sólo una cosa pudo explicar con certeza.
 EDIPO.- ¿Cuál? Pues una sola cosa podría conducirnos al conocimiento de muchas, si pudiéramos coger un breve principio de esperanza.
 CREONTE.- Dijo que habiéndose encontrado con unos bandidos, lo mataron no por fuerza de una sola mano, sino con multitud de brazos.
 EDIPO.- ¿Y cómo ese bandido, si no hubiese tramado el hecho desde aquí, habría llegado a tanta audacia?
 CREONTE.- Tal era lo que se sospechaba; pero, muerto Layo, ningún vengador surgió en medio de aquellas desgracias.
 EDIPO.- ¿Y qué desgracia se puso por delante que, caído así el rey, os impidiera esclarecer el suceso?
 CREONTE.- La Esfinge. Con sus sutiles canciones, nos impelía a examinar lo que teníamos a los pies, dejando de lado lo oscuro.
 EDIPO.- Pues bien, yo lo revelaré otra vez desde el principio. Febo y tú habéis mostrado dignamente esta solicitud por el muerto. De tal manera que, con razón, veréis en mí a un aliado y un vengador de esta tierra y del propio dios. Porque, no es por amigos lejanos, sino por mí mismo, que arrojaré de aquí esta abominación; pues, quien dio muerte a Layo, cualquiera que sea, quizá con mano semejante quisiera atentar contra mí. Levantaos, pues, muchachos, al punto de estas gradas, y recoged esas ramas suplicantes. Que otro retina aquí al pueblo de Cadmo; dispuesto estoy a hacer cuanto esté de mi parte; y con la ayuda del dios, veremos si triunfamos o sucumbimos.
 SACERDOTE.- Hijos, levantémonos, pues hemos venido aquí para obtener lo que el rey nos promete. Y ojalá que Febo que nos mandó estos oráculos viniera a salvarnos y poner fin a la peste.

Todos se retiran. El coro, compuesto de quince nobles tebanos, entra en la orquesta.

CORO.- *Oráculo de Zeus de dulce palabra, ¿qué traes de Pitón, la rica en oro, a la esplendente Tebas? Estoy en tensión, mi corazón palpita de horrendo temor, oh dios de Delos⁵, salutar, invocado con gritos, cuando me pregunto con reverencia qué suceso llevará a cabo de nuevo en el girar de las estaciones. Dímelo, hija de la áurea Esperanza, voz inmortal.*

A ti, ante todo, te invoco, hija de Zeus, inmortal Atenea, y a Artemis⁶, tu hermana, protectora de esta tierra, que, como diosa de la buena fama, tiene su rostro oracular en el ágora de Tebas, y a Febo flechador. Los tres, divinidades protectoras, apareceme. Si en otra ocasión, cuando un azote arremetió contra la ciudad, lanzasteis fuera la llama del sufrimiento, venid también ahora.

¡Ay de mí! Innumerables son los males que soporto. Todo mi pueblo está contagiado y no hay lanza de pensamiento con qué defenderos. No crecen los reñones de la ilustre tierra, ni en los partos las mujeres soportan sus clamorosos dolores. Uno tras otro, cual ave de buenas alas, más rápidos que el fuego indomable, los puedes ver precipitarse hacia la ribera del dios vespertino⁷.

La ciudad perece con muertos sin número. Miserables, sus hijos yacen por tierra, sembrando la muerte sin nadie que los lamente. Esposas y, con ellas, madres encanecidas, junto a los altares, unas de un lado, otras del otro, gimen, suplicando el fin de sus tristes penas. Brilla el peán y, acorde con él, la voz plañidera. Por ello, oh áurea hija de Zeus, envíanos tu protector grato rostro.

Y Ares, el impetuoso⁸ que ahora sin bronce de escudos se quema, atacándome con alaridos, haz que vuelva la espalda en retrógrada carrera, lejos de los confines de la patria, ya hacia el tálamo inmenso de Anfitrita⁹ o hacia el oleaje tracio, inhóspito de puertos. Pues, si algo perdona la noche, viene el día a terminarlo. A ése, tú, que gobiernas la fuerza de los igníferos relámpagos, consúmelo con tu rayo.

⁵.- Apolo nació en la isla de Delos y según la leyenda de allí pasó a Delfos a través del Ática.

⁶.- Artemis recibía culto en Tebas y parece que en medio de la plaza había una imagen sedente de la diosa.

⁷.- O sea, el reino de los muertos que ya en Homero se situaba en donde se oculta el sol.

⁸.- Dios de la guerra, a quien se atribuían también los horrores de la peste, del hambre y de cualquier calamidad.

⁹.- Anfitrita era la diosa del mar, esposa de Poseidón.

Soberano Licio¹⁰, yo quisiera que de las cuerdas de tu arco trenzadas de oro, se distribuyeran las flechas invencibles tendidas ante mí para protegerme, y también los ígneos destellos de las antorchas de Artemis con las que corre, saltando, por los montes de Licia. Y al dios de la diadema de oro invoco, que ha dado su nombre a esta tierra, al dios del evohé, al rubicundo Baco, el compañero de las ménades, para que venga con la llama de esplendente tea contra el dios odioso entre los dioses.

Sale Edipo del palacio y se dirige al coro en los siguientes términos:

EDIPO.- Suplicas, pero a lo que suplicas, si quieres acoger las palabras que me oigas y poner mano a la enfermedad, podrías encontrar socorro y alivio de tus males. Y hablaré ajeno al relato, ajeno al hecho. Porque no iría muy lejos en mi rastreo de las huellas, sin tener indicio alguno. Mas, ahora, puesto que soy ciudadano, inscrito posteriormente entre los ciudadanos, a todos vosotros, cadmeos, proclamo lo siguiente. Cualquiera de vosotros que sepa por mano de quién pereció Layo, hijo de Lábdaco, ordeno que me lo declare todo. Y si teme, por presentar a sí mismo la acusación, no sufrirá otra penalidad que salir sin daño del país. Y si alguien sabe que el asesino es otro, de otra tierra, que no calle: tendrá mi recompensa y además mi gratitud. Pero si, al contrario, calláis, y alguien, por miedo, rechaza esta inculpación de sí o de un amigo, lo que haré en este caso debéis oírlo de mí. A ese hombre, quienquiera que sea, prohíbo que ningún habitante de esta tierra, cuyo trono y poder poseo, lo acoja, ni le dirija la palabra, ni le dé participación en las súplicas a los dioses y en los sacrificios, ni le ofrezca agua lustral¹¹. Que todos le echen de sus casas, como impureza nuestra que es, según me lo acaba de manifestar el oráculo pítico del dios. Así es como presto mi alianza a la divinidad y al difunto. Y ruego a los dioses que el asesino, ya sea uno que se oculte, ya sean varios, consuma miserablemente, como un miserable, una vida malhadada. Y pido todavía, que si ese hombre compartiera mi hogar, a sabiendas mías, que sufra yo los castigos que acabo de proferir contra los demás. Y a vosotros os encargo cumplir todo esto, por mí mismo, por el dios y por esta tierra, que parece privada de los frutos y abandonada de los dioses. Pues aun cuando la investigación no hubiera sido impuesta por la divinidad, tampoco era justo que dejarais, sin más, subsistir la mancha. Habiendo muerto un rey excelente debíais investigar a fondo. Pero ahora, como que soy yo quien tiene el poder que tenía aquél entonces, y su lecho, y una mujer que recibió simiente de ambos sin igual, e hijos comunes tendríamos en común, si no se le hubiese malogrado la prole -pero sobre su cabeza se precipitó el hado adverso- por todo esto, yo lucharé por él, como si se tratara de mi padre, y llegaré a todo extremo buscando hasta encontrar al autor del crimen, en provecho del hijo de Lábdaco y descendiente de Polidoro, y de su antepasado Cadmo y del antiguo Agenor¹². Y a los que no cumplan esto, suplico a los dioses que no les brote simiente de sus tierras, ni hijos de sus mujeres, y sucumban a la desgracia actual y a otra todavía peor. A vosotros, en cambio, cadmeos que aprobáis cuanto digo, que os asista siempre la Justicia, vuestra aliada, y los restantes dioses.

CORIFEO.- Como me obligaste con tu maldición, así, señor, hablaré. Ni yo lo maté ni puedo indicarte el asesino. A Febo, que mandó hacer la investigación, correspondía haber dicho quién cometió el asesinato.

EDIPO.- Es justo lo que dices. Pero obligar a los dioses a lo que no quieren, no hay nadie que pueda.

CORIFEO.- ¿Te podría decir lo que en segundo lugar, después de esto, me parece?

EDIPO.- Y lo tercero también, si existe, no dejes de decírmelo.

CORIFEO.- Sé de un señor que ve tanto como mi señor Febo, Tiresias, de quien inquiriendo se podría obtener la información más exacta¹³.

EDIPO.- Ni siquiera he dejado descuidado esto. Por indicación de Creonte he enviado a dos servidores para que me lo traigan. Y es extraño que no haya llegado antes.

CORIFEO.- Realmente todo lo demás son rumores trasnochados y viejos.

EDIPO.- ¿Cuáles son? Pues estoy atento a toda habladuría.

CORIFEO.- Se dice que murió a manos de unos caminantes.

EDIPO.- También yo lo oí decir, pero nadie ve a quien los vio.

CORIFEO.- Pero por poco temor que tenga, no permanecerá aquí al oír tus maldiciones tan terribles.

EDIPO.- A quien no espantan los hechos, no le asustan las palabras.

CORIFEO.- Pues bien: hay alguien que lo descubrirá. Ésos nos traen ya al divino profeta, el único hombre que lleva en sí innata la verdad.

Llega Tiresias, guiado por un muchacho y acompañado de los dos enviados de Edipo.

EDIPO.- ¡Oh, Tiresias! Tú que todo lo sabes, lo enseñable y lo indecible, las cosas del cielo y las terrenales, aunque no ves, comprendes, con todo, de qué plaga está presa la ciudad. Tú eres, señor, el único protector, el único salvador de ella que podemos encontrar. Porque Febo contestó que sólo llegaría el remedio de esta dolencia si, descubriendo bien a los asesinos de Layo, les dábamos muerte o los expulsábamos, desterrados, del país. Tú ahora no nos niegues ni el mensaje de los pájaros ni cualesquiera otro camino que tengas de adivinación. Sálvate a ti mismo y a la ciudad, líbranos de toda impureza del muerto. En tus manos estamos. Para un hombre, ayudar con lo que uno tiene y puede, es la más hermosa de las fatigas.

¹⁰.- Se invoca a Apolo con un epíteto de etimología dudosa.

¹¹.- Al culpable, sea quien sea, se le prohíbe la vida de familia y toda participación en el culto común. No le queda otra solución que el destierro lejos de la patria.

¹².- Agenor, ilustre antepasado de Layo, fue rey de Tiro y Sidón. Habiendo sido su hija Europa raptada por Zeus, envió a sus hijos para que la buscaran, y al no poder encontrarla desistieron de su empeño y fundaron ciudades en las que se establecieron. así surgió Tebas, que debe su origen a Cadmo.

¹³.- Célebre adivino, a quien Zeus otorgó el don de profecía en compensación de la ceguera, castigo que recibió de la diosa Hera o, según otra leyenda, de Atenea.

TIRESIAS.- ¡Ay, ay! ¡Cuán terrible es la ciencia cuando no reporta beneficio al sabio! Estaba bien convencido de ello, y lo he olvidado, pues, de lo contrario, no habría venido aquí.

EDIPO.- ¿Qué ocurre? ¡Cuán desanimado has llegado!

TIRESIAS.- Déjame volver a casa. Así más fácilmente llevarás tú tu destino y yo el mío, si me haces caso.

EDIPO.- No es justo lo que dices ni agradable para la ciudad que te crió, si le privas de esta respuesta.

TIRESIAS.- Porque veo que tampoco tu lenguaje es oportuno. Así para que no me ocurra lo mismo...

Hace ademán de irse.

EDIPO.- No, por los dioses, si lo sabes no te vuelvas, pues todos te lo pedimos suplicantes.

TIRESIAS.- Porque todos sois insensatos. Pero yo nunca revelaré mis males, por no decir tuyos.

EDIPO.- ¿Qué dices? ¿Lo sabes y no hablarás? ¿Piensas traicionarnos y destruir la ciudad?

TIRESIAS.- No quiero afligirme a mí mismo ni a ti. ¿Por qué preguntas eso en vano? No te informarás por mí.

EDIPO.- ¡Oh, grandísimo villano! -pues tú irritarías a una roca-, ¿no hablarás por fin? ¿Te mostrarás tan empedernido e irreductible?

TIRESIAS.- Criticas mi obstinación, pero no te das cuenta de la que anida dentro de ti, y me insultas.

EDIPO.- ¿Y quién no se irritaría al oír tales palabras con las que tú ahora ultrajas a esta ciudad?

TIRESIAS.- Ello por sí mismo llegará, aunque yo lo encubra con el silencio.

EDIPO.- Entonces, lo que vendrá es menester que también me lo digas.

TIRESIAS.- No hablaré más. Ante esto, si quieres, saca tu ira más salvaje.

EDIPO.- Pues bien, en mi furor, no omitiré nada de lo que entiendo. Sabe que me parece haber sido cómplice del crimen y haberlo realizado, aunque no con tus manos.

TIRESIAS.- ¿De verdad? Te conmino que te atengas al bando que publicaste hoy, no nos dirijas más la palabra ni a éstos ni a mí, porque, sábelo, eres tú el mancillador impuro de esta tierra.

EDIPO.- ¿Así, desvergonzadamente, lanzaste semejante frase? ¿Y dónde crees que podrás escapar de esto?

TIRESIAS.- Estoy a salvo, pues vive en mí la fuerza de la verdad.

EDIPO.- ¿De quién la aprendiste? Porque no procede de tu arte.

TIRESIAS.- De ti, pues tú me forzaste a hablar contra mi voluntad.

EDIPO.- ¿Qué palabras? Dilo de nuevo para que lo sepa mejor.

TIRESIAS.- ¿No comprendiste antes? ¿O me tientes para que hable?

EDIPO.- No, hasta el punto que puedo decir que me he enterado. ¡Ea! Repítelo.

TIRESIAS.- Digo que tú eres el asesino que buscas.

EDIPO.- En verdad digo que no dirás alegremente dos veces estos horrores.

TIRESIAS.- ¿He de decir todavía otras cosas para que te irrites más?

EDIPO.- Todo lo que desees, que quedará dicho en vano.

TIRESIAS.- Digo que, sin saberlo, vives en el trato más vergonzoso con los seres queridos y no ves en qué grado de miseria te encuentras.

EDIPO.- ¿Y crees que te alegrarás de hablar siempre así?

TIRESIAS.- Sí, si es cierto que la verdad tiene alguna fuerza.

EDIPO.- La tiene, pero no para ti; pues eso no existe en ti, pues eres ciego de oído, de entendimiento y de vista.

TIRESIAS.- Y tú un desgraciado al echarme en cara lo que no hay nadie que no lo reproche en breve de ti.

EDIPO.- Vives en noche continua, de suerte que ni a mí ni a cualquier otro que vea la luz le podrás perjudicar jamás.

TIRESIAS.- No es tu destino caer por obra mía, pues se basta Apolo, a quien incumbe realizar estas cosas.

EDIPO.- ¿Son de Creonte o tuyas estas invenciones?

TIRESIAS.- Creonte no es motivo de sufrimiento para ti, sino tú mismo.

EDIPO.- ¡Oh riqueza y poder real y arte que a todas las otras artes sobrepasan en esta vida llena de rivalidades! Cuán grande es la envidia que se esconde en vosotros, si por este mando que la ciudad me puso en mis manos, regalado, no pedido, Creonte, el fiel, el amigo de siempre, se desliza furtivamente y desea devorarme, sobornando a ese mago embaucador, doloso mendicante, sólo vidente en las ganancias, pero ciego en su arte. Porque veamos, dime, ¿cuándo fuiste tú un lúcido adivino? ¿Cómo no dijiste a estos ciudadanos la palabra salvadora cuando estaba aquí la perra cantora? Y ciertamente, el enigma¹⁴ no era cosa de resolver por el primer venido, sino que requería arte adivinatoria, la cual no mostraste poseer ni por agüeros, ni enseñada por algún dios. En cambio, llegué yo, el que nada sabía, Edipo, y la hice callar acertando con mi ingenio, sin haberlas aprendido de pájaros. Y a ese hombre, tú ahora intentas expulsar, porque imaginas que habrás de estar junto al trono de Creonte. Me parece que a ti y al que urdió expulsarme de la ciudad os va a costar lágrimas. Y si no me parecieras un anciano, sufriendo conocerías qué cosas proyectas.

¹⁴- Según un epigrama recogido en la *Antología Palatina* (XIV, 64) el enigma propuesto por la Esfinge era: “¿Qué cosa hay en la Tierra que tiene dos pies, cuatro pies y tres pies y un solo nombre; el único que cambia de naturaleza entre todos los seres que se mueven en la tierra, el aire y el mar y cuando anda apoyado en más pies es entonces más débil?”

TIRESIAS.- Aunque sea rey, se me ha de considerar con el mismo derecho, por lo menos, a responder en términos iguales. Tengo yo esta potestad porque no vivo a tus órdenes, sino a las de Loxias¹⁵, de tal manera que no quedaré inscrito entre los clientes de Creonte. Puesto que me reprochas mi ceguera, te digo: tú aunque tienes vista no ves en qué desventura te encuentras, ni dónde habitas, ni con quién vives. ¿Acaso sabes de quiénes procedes? Ignoras que eres odioso tanto de los muertos como de los vivos. Un doble látigo, la maldición de tu madre y de tu padre, acercándose con pie terrible, te arrojará un día de esta tierra, a ti, que ahora ves bien y después verás tinieblas. ¿Qué lugar no será puerto de tus lamentos o que Citerón¹⁶ no repetirá su eco, cuando te des cuenta de esa boda, puerto inhóspito adonde arribaste con feliz navegación? No adviertes la multitud de tus restantes desgracias, que te igualarán con tus hijos. Ante esto, insulta a Creonte y a mi boca, que no hay mortal que vaya a consumirse de manera más desgraciada que tú.

EDIPO.- ¿Acaso es tolerable oírle decir estas cosas? ¿No te vas a la perdición cuanto antes? ¿No te irás de una vez por el camino que viniste, lejos de este palacio?

TIRESIAS.- Según tu parecer, eso soy, un loco; pero para los padres que te engendraron, un cuerdo.

EDIPO.- ¿Cuáles? Aguarda. ¿Qué mortal me dio el ser?

TIRESIAS.- Ese día te dará la vida y te destrozará.

EDIPO.- ¡Cuán enigmático y oscuro es todo lo que dices!

TIRESIAS.- ¿No eres tú tan extraordinariamente dotado en descifrar enigmas?

EDIPO.- Injúriame en lo que habrás de reconocer mi grandeza.

TIRESIAS.- Precisamente esa suerte es la que te ha perdido.

EDIPO.- Pero si salvé a esta ciudad, no me importa.

TIRESIAS.- Entonces me voy. Tú, niño, llévame.

EDIPO.- Sí, que te lleve. Mientras estás aquí presente, estorbas y molestas; si te marchas, puede que no fastidies más.

TIRESIAS.- Me iré, pero diciendo antes aquello por lo que vine, sin miedo a tu persona, pues no me puedes destruir. Y te digo: ese hombre que hace rato buscas, con tus amenazas, con tus bandos sobre el asesinato de Layo, ése está aquí; a lo que se dice es un forastero, un meteco, pero pronto se revelará hijo de Tebas, y no se alegrará con el descubrimiento. Porque ciego en vez de vidente, pobre en vez de rico, se dirigirá hacia una tierra extranjera, tanteando el camino con un báculo. Y se mostrará ser a la vez hermano y padre para sus hijos, hijo y esposo de la mujer de que nació, sembrador del mismo campo que su padre y asesino. Y ahora entre en palacio y medita todo esto; y si me coges en mentira, di que ya nada sé del arte adivinatoria.

Tiresias se aleja y Edipo entra en palacio.

CORO.- *¿Quién será el que la profética roca de Delfos dijo que realizó con sangrientas manos acciones nefandas? Hora es ya que mueva en su fuga un pie más vigoroso que el de los corceles, rápidos como el huracán. Porque ya armado contra él se lanza, con fuegos y rayos, el hijo de Zeus, al que terribles siguen las infalibles diosas de la muerte¹⁷. Acaba de brillar desde el nevado Parnaso¹⁸ una voz manifiesta que ordena rastrear por doquiera las huellas del ignoto culpable. Errante va, bajo los agrestes bosques, por rocas y cavernas, como un toro, solitario, desgraciado, con desgraciado pie, tratando de esquivar los oráculos salidos del ombligo de la tierra; pero ellos, siempre vivos, en torno a él vuelan.*

Terriblemente, sí, terriblemente me desconcierta el sabio agorero. Ni afirmo ni niego: no sé qué decir. Vuelo a la expectativa sin ver aquí ni detrás. Pues, ¿qué rencilla hubo entre los Labdácidas y el hijo de Pólipo?¹⁹ Ni en el pasado ni en el presente he sabido de nada que me sirviera de prueba para atacar la fama popular de Edipo y constituirme, en nombre de los Labdácidas, vengador de muertes oscuras.

Pero Zeus y Apolo con sabios y conocedores del destino de los mortales. Mas, que entre los hombres un adivino llegue más lejos que yo, es un juicio gratuito. Con todo, con su sabiduría puede superar a otra sabiduría. Pero yo nunca, antes de ver comprobadas las palabras, asentiría con los reprochadores. Porque a la vista de todos llegóse a él un día la alada doncella y se le vio sabio en la prueba y dulce para la ciudad. Así en mi corazón jamás será culpable de un crimen.

Creonte entra en escena.

CREONTE.- Ciudadanos, sabedor de que el rey, Edipo, me acusa en términos terribles, estoy aquí sin poderlo soportar. Porque si en las desgracias que ahora nos afligen cree haber sufrido por mi parte, de palabra o de obra, algo que le perjudique, no tengo deseo alguno de larga vida, cargado con esta afrenta. Pues no es ligero el daño que me reporta esta difamación, sino gravísimo, si he de pasar por vil en la ciudad, por vil a tus ojos y a los ojos de los amigos.

CORIFEO.- Esta injuria vino tal vez forzada por la cólera más que por convencimiento de su ánimo.

CREONTE.- Pero, ¿se ha dicho manifiestamente que el adivino servía mis designios cuando falseaba los oráculos?

CORIFEO.- Eso se dijo, pero no sé con qué intención.

CREONTE.- ¿Y con semblante sincero y mente recta ha lanzado contra mí tal acusación?

CORIFEO.- No lo sé; no veo lo que hacen los gobernantes. Pero ahí que sale él mismo fuera de su palacio.

EDIPO.- ¡Eh, tú! ¿Cómo viniste aquí? ¿Tanta cara tienes que te atreves a venir a mi techo, cuando eres paladinamente el asesino de este hombre y el ladrón manifiesto de mi corona? ¡Ea!, dime, por los dioses: ¿viste en mí cobardía o locura para decidirme a hacer esto? ¿O creías que no llegaría a conocer tu plan que se desliza astutamente, y que no me iba a defender si lo descubría? ¿No es insensata tu empresa de ir a la caza de la tiranía sin tropas ni partidarios, lo que se obtiene con la muchedumbre y con dinero?

CREONTE.- ¿Sabes qué has de hacer? Escucha a tu vez una respuesta a lo dicho, y luego júzgame cuando tú mismo te habrás enterado.

¹⁵- Epíteto de Apolo. Significa 'torcido, oblicuo' y hace referencia a la oblicuidad y ambigüedad de sus oráculos.

¹⁶- El monte en que Edipo fue expuesto.

¹⁷- Diosas de la venganza que ejecutaban los decretos de las Parcas.

¹⁸- De Delfos, en la ladera del Parnaso, en donde, según los gireos, estaba el "ombligo del mundo", o sea el centro de la Tierra.

¹⁹- Edipo se creía hijo de Pólipo, en Corinto.

EDIPO.- Tú eres hábil en hablar, pero yo soy tardo en comprenderte, y te he descubierto que me eres hostil y temible.
CREONTE.- Esto es precisamente lo que voy a explicarte, escúchame.
EDIPO.- Eso mismo no me lo digas, que no eres un malvado.
CREONTE.- Si crees que es un bien la terquedad sin la razón, estás equivocado.
EDIPO.- Si crees que haciendo daño a un pariente no sufrirás el castigo, no juzgas bien.
CREONTE.- Concedo que en esto tienes razón. Pero explícame qué daño dices haber recibido.
EDIPO.- ¿Trataste de persuadirme o no de que era necesario enviar a buscar a ese venerable adivino?
CREONTE.- Y todavía soy del mismo parecer.
EDIPO.- ¿Cuánto tiempo hace ya que Layo...
CREONTE.- ¿Hizo qué? No te comprendo.
EDIPO.- ...desapareció, víctima de una agresión mortal?
CREONTE.- Podrían contarse desde entonces largos y antiguos años.
EDIPO.- ¿Ese adivino ejercía entonces su arte?
CREONTE.- Sí, tan sabio como ahora y tan estimado.
EDIPO.- ¿Hizo mención de mí en aquella circunstancia?
CREONTE.- No, nunca, al menos estando yo cerca.
EDIPO.- ¿Y no hicisteis una investigación sobre el muerto?
CREONTE.- La hicimos, ¿cómo no? Pero no averiguamos nada.
EDIPO.- ¿Y cómo ése no habló entonces?
CREONTE.- No lo sé; en lo que no entiendo me gusta callar.
EDIPO.- Una cosa sí sabes y podrías decirlo estando bien informado.
CREONTE.- ¿Cuál? Si la sé, no la negaré.
EDIPO.- Que, de no haber estado de acuerdo contigo, jamás habría hablado de mi supuesto asesinato de Layo.
CREONTE.- Si eso dice, tú lo sabrás. Pero es de justicia interrogarte como tú me has interrogado a mí.
EDIPO.- Investiga a fondo, que no será convencido de asesinato.
CREONTE.- Veamos: ¿estás casado con mi hermana?
EDIPO.- No se puede negar lo que preguntas.
CREONTE.- ¿Gobiernas sobre este país con igual poder que ella?
EDIPO.- Todo cuanto quiere lo obtiene de mí.
CREONTE.- ¿Y no se me iguala a vosotros dos como tercero?
EDIPO.- Aquí precisamente te revelas como un mal amigo.
CREONTE.- No, si me concedes la palabra como yo a ti. Considera esto en primer lugar: ¿crees que alguien preferiría gobernar con temor a dormir tranquilo, si iba a tener los mismos poderes? Yo, por mi parte, prefiero obrar como rey más que serlo, y como yo cualquiera que sepa tener sano juicio. Ahora todo lo obtengo de ti, sin temor, mas, si reinara yo, tendría incluso que hacer muchas cosas contra mi voluntad. ¿Cómo, pues, me sería más agradable el trono que un poder y una autoridad sin penas? Todavía no voy tan engañado por el mundo como para desear otras cosas que el honor provechoso. Ahora todos me quieren bien, todos me saludan; ahora los que tienen necesidad de ti recurren a mí, pues de mí depende que obtengan lo que desean. ¿Cómo dejaría esto y cogería lo otro? Una mente que discurre bien no puede hacerse vil. En todo caso, no toleraría jamás aliarme con otro que procediera así. Y en prueba de esto, empieza por ir a Pitón, e infórmate de si te he comunicado fielmente el oráculo. Después de esto, si encuentras que he tramado algo en común con el adivino, no me mates con un solo voto, sino con dos, con el tuyo y con el mío. Pero por una sospecha incierta no me acuses sin haberme oído, porque no es justo considerar gratuitamente a los malvados honrados, ni a los honrados malvados. Arrojar a un excelente amigo lo conceptúo igual que perder la propia vida, que es lo que uno más quiere. Con el tiempo conocerás esto con seguridad, porque sólo el tiempo muestra al hombre justo; en cambio al malvado en un solo día puedes conocerlo.
CORIFEO.- Bien habló, para quien se precave de caer, señor. Los precipitados en sus opiniones no van seguros.
EDIPO.- Cuando un conspirador avanza rápido en la sombra, es necesario que yo actúe también con rapidez. Si aguardo sin moverme, sus planes estarán realizados y los míos fallarán.
CREONTE.- ¿Qué deseas, en fin? ¿Expulsarme de esta tierra?
EDIPO.- En manera alguna. Tu muerte quiero, no tu destierro.
CREONTE.- Cuando hayas mostrado cuál es la envidia.
EDIPO.- ¿Hablas como quien no está dispuesto a ceder no a obedecer?
CREONTE.- Es que no veo que discurras bien.
EDIPO.- Sí, al menos en lo que me interesa.
CREONTE.- Pero también lo que me afecta.
EDIPO.- Tú eres un traidor.
CREONTE.- ¿Y si no comprendieras nada?
EDIPO.- Con todo, se ha de obedecer.
CREONTE.- Pero no a uno que gobierna mal.
EDIPO.- ¡Oh, ciudad; oh, ciudad!
CREONTE.- También participo de la ciudad, no tú solo.
CORIFEO.- Cesad, príncipes. Veo a Yocasta que sale oportunamente de palacio, con cuya ayuda es preciso arreglar esta contienda.
YOCASTA.- ¿Por qué, desdichados, habéis levantado esta absurda discusión? ¿No os avergonzáis, cuando el país sufre tanto, de promover rencillas privadas? ¿No irás, tú, Edipo, a palacio, y tú, Creonte, a casa, sin hacer de una nonada una gran desgracia?
CREONTE.- Hermana, Edipo, tu marido, estima justo tratarme de una manera extraña, habiendo escogido uno de estos dos males: o expulsarme del país o cogerme y matarme.

EDIPO.- Lo reconozco; porque lo he sorprendido, mujer, intentando obrar gravemente contra mi persona con malas artes.
CREONTE.- ¡Mal provecho me haga y perezca maldito, si he hecho contra ti algo de lo que me acusas!
YOCASTA.- ¡Por los dioses! Créele, Edipo, por respeto ante todo a este juramento, luego por respeto a mí, y a estos que están en tu presencia.
CORIFEO.- Hazle caso de buen grado y con sensatez, señor, te lo suplico.
EDIPO.- ¿En qué quieres que ceda?
CORIFEO.- A éste, que antes no era un niño y ahora es grande por el juramento, respétalo.
EDIPO.- ¿Sabes lo que pides?
CORIFEO.- Lo sé.
EDIPO.- Explícame, entonces, lo que dices.
CORIFEO.- Que no condenes y expulses por un incierto rumor a un pariente que así se maldice.
EDIPO.- Sabe bien que al pedir esto estás buscando mi muerte o mi destierro de este país.
CORIFEO.- No; ¡por el dios primero entre todos los dioses, por el Sol! Muera yo de la peor manera, abandonado de los dioses y de los amigos, si tengo esta idea. Pero si en mi desgracia ya me desgarran el alma esta tierra que se consume, también me aflige que a los males anteriores se añadan los que ambos promovéis.
EDIPO.- Váyase, pues, éste, aunque tenga que morir sin remedio o ser arrojado, sin honra, de este país por la fuerza. Es tu lenguaje lastimero, no el suyo, el que me conmueve. Ése, dondequiera que esté, me será odioso.
CREONTE.- Rencoroso cedes, está claro; pero cuando salgas de este arrebato, te pesará. Caracteres como el tuyo son justamente los más difíciles de soportar para sí mismos.
EDIPO.- ¿No me dejarás en paz y saldrás de aquí?
CREONTE.- Me iré sin haber logrado que me conocieras, pero ante éstos soy el mismo de siempre.
CORIFEO.- Mujer, ¿por qué tardas en llevarlo a palacio?
YOCASTA.- Lo haré, una vez que me haya enterado de lo ocurrido.
CORIFEO.- Una sospecha infundada surgió de unas palabras; pero también una injusticia devora el corazón.
YOCASTA.- ¿Por ambas partes?
CORIFEO.- Sí.
YOCASTA.- ¿Y cuál era el tema?
CORIFEO.- Basta, me parece que basta, cuando sufre tanto el país dejar la cuestión donde ha quedado.
EDIPO.- ¿Ves adónde has llegado, aun siendo hombre de buena intención, negligiendo mi causa y embotando el corazón?
CORIFEO.- Señor, lo dije, y no sólo una vez: sabe que me mostraría insensato, incapaz de sensatez, si me apartara de ti, que condujiste con viento favorable a mi tierra agitada en la desgracia. También ahora, si puedes, ojalá seas un buen conductor.
YOCASTA.- Por los dioses, explícame también a mí, de dónde ha surgido esta ira que albergas en tu corazón.
EDIPO.- Te lo diré, porque te estimo, mujer, más que a éstos. Es Creonte, y lo que ha tramado contra mí.
YOCASTA.- Habla, si puedes explicar claramente el objeto de la disputa.
EDIPO.- Dice que soy el asesino de Layo.
YOCASTA.- ¿Lo sabe por sí mismo o se lo ha oído contar a otro?
EDIPO.- Ha hecho venir a un maldito adivino, pues él personalmente deja la lengua libre de todo compromiso.
YOCASTA.- No te preocupes de cuanto dices. Escúchame y convéncete de que no hay ningún mortal que posea el arte adivinatoria. Y brevemente te voy a dar pruebas de ello. Hace tiempo vino a Layo un oráculo -no diré del propio Febo, sino de sus servidores- de que su destino habría de morir a manos del hijo que naciera de él y de mí. Pero a Layo, según dicen, lo mataron un día unos extranjeros, unos ladrones en una triple encrucijada. Y en cuanto al niño, todavía no habían pasado tres días de su nacimiento, cuando aquél, atándole los calcañares, le hizo arrojar a una montaña inaccesible. En este caso, Apolo ni llevó a cabo que el hijo fuera el asesino de su padre, ni tampoco que Layo muriera como se temía, a manos de su hijo. Sin embargo, todo ello lo habían divulgado las voces de los oráculos, a las que no debes hacer ningún caso. Porque las cosas que interesan a un dios descubrirlas, él mismo las revela fácilmente.
EDIPO.- ¡Al oírte, mujer, qué incertidumbre de alma, qué turbación de la mente me posee!
YOCASTA.- ¿Qué preocupación te invade para hablar así?
EDIPO.- Me pareció oírte decir que Layo fue asesinado junto a una triple encrucijada.
YOCASTA.- Así se decía entonces y todavía no ha cesado de decirse.
EDIPO.- ¿Y dónde está ese lugar en que sucedió la desgracia?
YOCASTA.- Fócida se llama el país, y allí confluyen el camino de Delfos y el de Daulia.
EDIPO.- ¿Y cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces?
YOCASTA.- Poco antes de que tú aparecieras con el mando de esta tierra, la noticia fue pregonada en la ciudad.
EDIPO.- ¡Oh Zeus! ¿Qué tiene decidido hacer conmigo?
YOCASTA.- ¿Y por qué esto, Edipo, te preocupa?
EDIPO.- No me lo preguntes todavía. Y Layo, ¿qué aspecto tenía? Dime, ¿qué edad?
YOCASTA.- Era alto; empezaba a encanecer y no difería mucho de ti en su figura.
EDIPO.- ¡Ay de mí, desdichado! Me parece que, sin saberlo, he lanzado hace un momento maldiciones terribles sobre mí mismo.
YOCASTA.- ¿Cómo dices? No me atrevo a mirarte, señor.
EDIPO.- Me coge un terrible desaliento ante la idea de que fuera vidente el adivino. Pero me lo mostrarás mejor, si me dices una cosa todavía.
YOCASTA.- Vacilo ciertamente, pero contestaré lo que sepa a tus preguntas.
EDIPO.- ¿Cómo viajaba? ¿Iba con escasa escolta o con guardia numerosa, cual corresponde a un rey?
YOCASTA.- Cinco eran en total, y entre ellos había un heraldo. Un solo carro llevaba a Layo.

EDIPO.- ¡Ay!, la cosa queda ya clara. ¿Quién fue que os comunicó tales noticias, mujer?

YOCASTA.- Un siervo, el único que regresó del viaje.

EDIPO.- ¿Se encuentra actualmente en el palacio?

YOCASTA.- No, por cierto. Tan pronto como aquél vino y te vio a ti en el poder y a Layo muerto, me suplicó, cogiéndome la mano, que le enviara a los campos y al pastoreo, a fin de estar lo más lejos posible de la vista de esta ciudad. Y yo lo envié, pues el siervo aquel era digno de alcanzar este favor y aún otro mayor.

EDIPO.- ¿Cómo podría regresar aquí rápidamente?

YOCASTA.- Es fácil. Pero, ¿por qué deseas esto?

EDIPO.- Temo, mujer, haber hablado demasiado, y por ello ahora quiero verlo.

YOCASTA.- Pues vendrá. Pero también yo merezco saber qué es lo que te aflige, señor.

EDIPO.- No quedarás privada de esta información, cuando tan pocas esperanzas me quedan. Porque, ¿a quién mejor que a ti podría hablar, al encontrarme en trance semejante? Mi padre fue Pólipo de Corinto, y mi madre Merope, una doria. Yo era considerado como el más ilustre de los ciudadanos de allí, hasta que me sucedió el caso siguiente, digno sin duda de asombro, pero no de mi empeño. En un banquete, un hombre, ebrio del todo, me llama, por efecto del vino, hijo ilegítimo. Yo, abrumado, apenas me contuve aquel día, pero al siguiente, corriendo al lado de mis padres, les interrogué. Éstos llevaron muy a mal el insulto y se indignaron con el que lo profirió. Sus palabras me alegraron, pero siempre me carcomía la idea, pues había calado en mí muy hondo. A escondidas, pues, de mi padre y de mi madre, me dirigí a Pitón. Febo me despidió sin responderme sobre el objeto de mi viaje, pero me manifestó otras desgracias, terribles y lamentables: que habría de casarme con mi madre, que traería al mundo una descendencia insoportable de ver a los hombres y que sería el asesino del padre que me engendró. Al oír esto, midiendo en adelante el camino de las estrellas, huí de la tierra de Corinto, y me dirigí hacia donde jamás pudiera ver cumplidas las vergüenzas de mis funestos oráculos. Avanzando, llegué al lugar donde tú dices que murió este rey. Y te diré, mujer, toda la verdad. Cuando en mi camino, estaba ya muy cerca de esta triple encrucijada, un heraldo y un hombre sentado en su carro, como tú dices, me salieron al encuentro. El guía y el propio anciano intentaron quitarme con violencia de la calzada, y yo, enojado, golpeo al que me había apartado, al cochero. Pero el anciano me ve y aguardando a que pasara a su lado, me descarga en medio de la cabeza su doble aguijón. Y, ciertamente, no recibió el mismo castigo, sino que rápidamente de un bastonazo de esta mano cayó de espaldas desde el carro y rodó por tierra. A todos los demás di muerte. Si este extranjero tiene algún parentesco con Layo, ¿qué hombre hay ahora más desgraciado que yo? ¿Podría existir un hombre más odiado de los dioses? Pues ningún ciudadano ni extranjero puede lícitamente recibirme en su morada ni dirigirme la palabra; todos deben arrojarne de su casa. Y además, nadie sino yo fue quien lanzó estas imprecaciones contra mí mismo. Y profano el lecho del muerto con estas mis manos que le quitaron la vida. ¿No soy un criminal? ¿No soy un hombre del todo impuro, si es preciso que salga para el destierro, y allí no me es posible ver a los míos ni pisar el suelo de mi patria, so pena de unirme en matrimonio con mi madre y dar muerte a mi padre Pólipo, que me engendró y crió? ¿Acaso no acertaría quien juzgara que todo esto ha sido impuesto sobre mí por una cruel divinidad? ¡Oh santa majestad de los dioses! Que no vea yo ese día, que desaparezca de entre los mortales sin dejar rastro, antes de ver caer sobre mí el oprobio de semejante desgracia.

CORIFEO.- Para nosotros, señor, esto es angustioso; pero hasta que no hayas sido informado por el testigo presencial, ten esperanza.

EDIPO.- En verdad, una esperanza me queda: aguardar al pastor, no más.

YOCASTA.- Y una vez se haya presentado, ¿cuál es tu propósito?

EDIPO.- Te explicaré. Si se descubre que dice lo mismo que tú, yo podría darme por libre de culpa.

YOCASTA.- ¿Y qué palabra tan extraordinaria me has oído?

EDIPO.- Dijiste tú que éste contó que unos ladrones lo habían asesinado, pues bien: si todavía insiste en lo del número, no soy yo el asesino, porque uno solo no podría ser igual a muchos. Pero si habla de un viandante solitario, este crimen cae sobre mí.

YOCASTA.- Pues es esto, no lo dudes, lo que manifestó, y no le es posible desmentirlo, porque lo oyó la ciudad, no yo sola. Pero, aunque se desviara de su primer relato, no probará, señor, que el homicida de Layo coincidiera propiamente con el oráculo, porque Loxias profetizó que había de morir a manos de mi hijo. Y ciertamente no le mató aquel desgraciado niño, pues pereció antes que él. De suerte que por cuestión de adivinación, no miraré ni a la derecha ni a la izquierda.

EDIPO.- Juzgas bien. Pero, con todo, envía a llamar al campesino y no lo demores.

YOCASTA.- Me apresuraré en llamarle. Pero entremos en palacio. Nada podría hacer que no sea de tu agrado.

Edipo y Yocasta entran en palacio.

CORO.- *¡Ojalá sea mi destino observar la augusta pureza de palabras y acciones todas! Para ellas rigen leyes sublimes, engendradas en el éter celestial, cuyo único padre es el Olimpo, y no les dio ser la mortal naturaleza de los hombres, ni jamás el olvido las hará dormir; un gran dios habita en ellas, que no envejece.*

La soberbia engendra al tirano; la soberbia, cuando locamente se sacia de muchas cosas, que no son ni oportunas ni convincentes. Subiendo a la más inaccesible cima, se precipita al fatal abismo, donde no puede servirse de un útil pie. Pero a la emulación beneficiosa para la ciudad, pido a los dioses que jamás le pongan fin. Nunca cesaré de tener como patrona a la divinidad.

Si alguno se comporta con altivez en hechos o palabras, sin temor de la Justicia, sin respeto a las sedes de los dioses, ojalá perezca de mal hado, en castigo de su funesta insolencia, si no adquiere una justa ganancia y comete actos impíos o toca en su locura lo intangible. ¿Qué hombre en estas cosas se podrá jactar de preservar su alma de los dardos de la ira? Si tales acciones merecen honor, ¿para qué debo participar en los sagrados coros?

Ya no iré más con veneración al intocable ombligo de la tierra, ni al templo de Abas²⁰, ni a Olimpia, si no se cumplen estos oráculos, de modo que sean señalados con el dedo por todos los mortales. ¡Oh, poderoso Zeus! Si con razón eres así llamado, rey universal, que no se te oculte esto, ni a tu eterno e inmortal imperio. Los antiguos oráculos de Layo, mortecinos, son excluidos, y en

²⁰.- Los dos oráculos más famosos de Grecia eran el de Apolo en Delfos y el de Zeus en Olimpia. En Abas, ciudad de la Fócide, había también un templo oracular de Apolo.

parte alguna es glorificado Apolo con honores. El culto de los dioses perece.

Yocasta sale de palacio acompañada de dos doncellas y llevando en la mano un ramo de suplicante.

YOCASTA.- Señores de este país, me vino a la mente la idea de llegarme a los templos de los dioses, llevando en mis manos estas coronas y perfumes. Pues Edipo se agita demasiado el ánimo con angustias de toda índole, y no conjetura, como hombre sensato, lo nuevo por lo antiguo, sino que está a merced de quien le habla con tal que diga cosas pavorosas. Y puesto que nada logro con mis consejos, a ti, Apolo Licio, que eres el más cercano, vengo suplicante con estas plegarias, para que nos proporciones un desenlace purificador. Porque ahora, al verlo desconcertado, estamos todos atemorizados, como quienes ven así al timonel de su navío.

Mientras Yocasta deposita su ofrenda, llega un mensajero.

MENSAJERO.- ¿Podríais informarme, extranjeros, dónde está el palacio de Edipo? Y, más que todo, si sabéis dónde se encuentra él.

CORIFEO.- Ésta es su morada, y él está dentro, extranjero. Ésta es su mujer, madre de sus hijos.

MENSAJERO.- ¡Que seas siempre feliz en medio de unos hijos felices, puesto que eres esposa cumplida de Edipo!

YOCASTA.- Y tú también, extranjero, pues lo mereces por tus buenas palabras. Pero dime, ¿para qué has venido y qué quieres anunciarnos?

MENSAJERO.- Buenas noticias para tu casa, para tu esposo, y para ti, mujer.

YOCASTA.- ¿Qué noticias son ésas? ¿De parte de quién vienes?

MENSAJERO.- De Corinto. Lo que voy a decirte, tal vez te alegre, ¡cómo no!, pero quizá te entristezca.

YOCASTA.- ¿Qué es? ¿Qué doble virtud es ésta?

MENSAJERO.- Los habitantes de la tierra del Istmo lo van a proclamar rey, según se decía allí.

YOCASTA.- ¿Qué? ¿No está ya en el poder el anciano Pólipo?

MENSAJERO.- No, ciertamente, porque la muerte lo tiene en la sepultura.

YOCASTA.- ¿Cómo dices? ¿Está muerto Pólipo?

MENSAJERO.- Si no digo la verdad, merezco morir.

YOCASTA.- Criada, ¿no irás cuanto antes a decirle esto a tu amo? ¡Oh, oráculos de los dioses!, ¿dónde estáis? Por temor de matar a ese hombre andaba mucho ha fugitivo Edipo. Y ahora ha muerto por obra de la fortuna y no del rey.

Edipo sale de palacio.

EDIPO.- ¡Oh, esposa mía, queridísima Yocasta! ¿Por qué me mandaste venir aquí de palacio?

YOCASTA.- Escucha a este hombre y observa, oyéndolo, en qué paran los augustos oráculos del dios.

EDIPO.- Y éste, ¿quién es y qué ha de decirme?

YOCASTA.- Viene de Corinto para anunciar que tu padre, Pólipo, ya no vive, sino que ha muerto.

EDIPO.- ¿Qué dices, extranjero? Notificámelo tú mismo.

MENSAJERO.- Si debo anunciarte, ante todo, claramente esto, ten por cierto que aquél ha muerto, se fue.

EDIPO.- ¿Víctima de un complot o de una enfermedad?

MENSAJERO.- Un peso insignificante derriba a las personas ancianas.

EDIPO.- De enfermedad, según parece, se consumió el desdichado.

MENSAJERO.- Y de los muchos años que contaba,

EDIPO.- ¡Ay! ¿por qué entonces, mujer, nos vamos a preocupar del hogar profético de la Pitia o de los pájaros que graznan en lo alto, por cuyos indicios yo había de matar a mi padre? Pero él está muerto bajo tierra y yo estoy aquí sin haber tocado una espada; a no ser que haya muerto de añoranza, pues, así, habría muerto por mi causa. Pero recogiendo los oráculos en su presente estado, Pólipo yace en el Hades, y nada valen.

YOCASTA.- ¿No te lo venía yo diciendo desde hace tiempo?

EDIPO.- Lo decías, pero yo me desviaba por el temor.

YOCASTA.- Mas, desde ahora, no te atormentes por nada de esto.

EDIPO.- ¿Y cómo no he de angustiarme por el hecho de mi madre?

YOCASTA.- Pero, ¿por qué ha de temer el hombre, sobre quien manda el destino y no tiene previsión cierta de nada? Lo mejor es vivir al azar, cada uno como pueda. Y respecto a las bodas con tu madre, no temas. Pues son muchos los mortales que en sueños han yacido con sus madres, y el que no hace caso de estas cosas es quien más fácilmente soporta la vida.

EDIPO.- Todo lo que has dicho estaría muy bien, si diera la casualidad que mi madre no viviera; pero, puesto que vive, forzoso es sentir miedo, aunque tengas razón.

YOCASTA.- Con todo, mucha luz hace el sepulcro de tu padre.

EDIPO.- Mucha, lo reconozco, pero mi horror es de la que vive.

MENSAJERO.- ¿Cuál es la mujer de la que sentís temor?

EDIPO.- Mérope, anciano, con la que vivía Pólipo.

MENSAJERO.- ¿Qué cosa hay de aquella que os cause miedo?

EDIPO.- Un oráculo horrible pronunciado por un dios extranjero.

MENSAJERO.- ¿Se puede decir? ¿O no es lícito que otro lo sepa?

EDIPO.- Lo es. Un día dijo Loxias que habría de unirme con mi madre y derramar con mis manos la sangre de mi padre. Por ello, desde hace tiempo, me había trasladado lejos de Corinto, felizmente, sin duda; aunque dulcísimo es ver el rostro de los padres.

MENSAJERO.- ¿Acaso es por estos temores que estuviste expatriado?

EDIPO.- Y porque no quería ser un asesino de mi padre, anciano.

MENSAJERO.- ¿Y por qué no te he librado ya de este temor, si es que llegué con tan buenas intenciones?

EDIPO.- Ciertamente recibirías de mí digna recompensa.

MENSAJERO.- Para esto justamente vine, para prosperar a tu regreso a casa.

EDIPO.- Jamás iré con los que me dieron la vida.

MENSAJERO.- ¡Oh hijo! Bien patente está que no sabes lo que haces...

EDIPO.- ¿Cómo, anciano? Por los dioses, explícame.
 MENSAJERO.- ...si por esta causa evitas regresar a tu casa.
 EDIPO.- Temo que Febo me resulte verídico.
 MENSAJERO.- ¿Temes acaso una contaminación con tus progenitores?
 EDIPO.- Eso, anciano, eso es lo que siempre me atemoriza.
 MENSAJERO.- ¿Sabes acaso que sin un justo motivo, por nada, tiemblas?
 EDIPO.- ¿Y cómo no, si soy hijo de esos padres?
 MENSAJERO.- Porque Pólipo nada te era por la sangre.
 EDIPO.- ¿Cómo dices? ¿No fue Pólipo quien me engendró?
 MENSAJERO.- No más que éste que te habla, sino igual.
 EDIPO.- ¿Y cómo el que me engendró es igual al que no me es nada?
 MENSAJERO.- Pero ni aquél te engendró ni yo tampoco.
 EDIPO.- ¿Y por qué entonces me llamaba hijo?
 MENSAJERO.- Te recibió, sábelo, un día de mis manos, como un regalo.
 EDIPO.- ¿Y habiéndome recibido así, de otra mano, me amó tanto?
 MENSAJERO.- La falta de hijos le persuadió a ello.
 EDIPO.- ¿Y tú me habías comprado o encontrado casualmente cuando a él me entregaste?
 MENSAJERO.- Te encontré en los repliegues boscosos del Citerón.
 EDIPO.- ¿Y por qué andabas por aquellos parajes?
 MENSAJERO.- Guardaba allí rebaños, en la montaña.
 EDIPO.- ¿Eres, pues, pastor, nómada por salario?
 MENSAJERO.- Y tu salvador, hijo, al menos en este trance.
 EDIPO.- ¿Y qué mal sufría cuando me recogiste tan miserable?
 MENSAJERO.- Las articulaciones de los pies te lo podrán atestiguar.
 EDIPO.- ¡Ay de mí! ¿Por qué mencionas esta antigua miseria?
 MENSAJERO.- Yo te desaté, pues tenías los tobillos atravesados.
 EDIPO.- Terrible injuria recibí de mis pañales.
 MENSAJERO.- Como que por ella te dieron el nombre que tienes.
 EDIPO.- ¡Por los dioses! ¿La recibí de mi padre o de mi madre? Explícamelo.
 MENSAJERO.- No lo sé. El que te me entregó, está mejor enterado que yo.
 EDIPO.- ¿Así me recibiste de manos de otro y no me encontraste tú mismo?
 MENSAJERO.- No, otro pastor te entregó a mí.
 EDIPO.- ¿Quién es? ¿Sabrías nombrarlo?
 MENSAJERO.- Le llamaban por lo que recuerdo de la gente de Layo.
 EDIPO.- ¿Del príncipe que reinaba antaño en este país?
 MENSAJERO.- Justamente, era pastor de este rey.
 EDIPO.- ¿Y vive de tal manera que lo pueda ver?
 MENSAJERO.- (A los del coro) Vosotros, los del país, podéis saberlo mejor.
 EDIPO.- ¿Hay alguno de los aquí presentes que conozca al pastor de que éste habla, ya lo haya visto en el campo o en la ciudad?
 Decidlo, pues es hora ya de que quede esto descubierto.
 CORIFEO.- No creo que sea otro que el pastor del campo que deseabas ver antes. Pero aquí está Yocasta que no es la que menos podría decirlo.
 EDIPO.- Mujer, ¿conoces a aquel que poco ha deseábamos que viniera? ¿Es ese de quien éste habla?
 YOCASTA.- ¿Y qué importa de quién habla? No te preocupes. Lo dicho no quieras recordarlo últimamente.
 EDIPO.- No es posible, con los indicios recibidos, que no ponga en claro mi origen.
 YOCASTA.- Por los dioses, no lo averigües, si en algo cuidas de tu vida. Basta con mis sufrimientos.
 EDIPO.- ¡Ánimo! Aunque yo resulte ser tres veces esclavo desde mi bisabuelo, tú no aparecerás mal nacida.
 YOCASTA.- Sin embargo, obedece, te lo suplico, no lo hagas.
 EDIPO.- No puedo hacerte caso; he de averiguar claramente todo esto.
 YOCASTA.- Con todo, buscando tu bien te doy el consejo mejor.
 EDIPO.- Pues sabe que el mejor consejo hace rato que me molesta.
 YOCASTA.- ¡Ay, desgraciado! ¡Ojalá no sepas nunca quién eres!
 EDIPO.- ¿Iría alguien a traerme aquí a ese pastor? A ésta dejadla, que se recree con su opulento linaje.
 YOCASTA.- ¡Ay, ay, desgraciado! Pues éste es el único nombre que puedo darte y ningún otro en adelante.

Yocasta entra precipitadamente en palacio.

CORIFEO.- ¿Por qué, Edipo, se ha ido tu esposa, impulsada por un violento dolor? Temo que de este silencio broten desgracias.
 EDIPO.- Que brote lo que ella quiera. Pero yo querré conocer mi origen, por humilde que sea. Ella, quizás, orgullosa como mujer, se avergonzará de mi bajo nacimiento. Pero yo, teniéndome por hijo de la Fortuna generosa, no seré deshonorado, pues de tal madre he nacido. Los meses, mis hermanos, me han hecho ya pequeño, ya grande. Tal soy por nacimiento y nadie podría ya cambiarme de suerte que me impida conocer mi linaje.
 CORO.- *Si soy adivino y de lúcida mente, ¡por el Olimpo!, no dejarás, ¡oh Citerón!, de ser celebrado mañana, en el plenilunio, como compatriota, nodriza y madre de Edipo, y de ser festejado con danzas por nosotros cual bienhechor de mis reyes. ¡Oh Febo, que así te plazca!*

¡Cuál, hijo, cuál de las ninfas inmortales te dio el ser, allegada a Pan el montaraz? ¿O fue alguna esposa de Loxias, pues

a él le son gratas todas las agrestes planicies? ¿O quizás el soberano de Cilene, o el dios de las Bacantes, que mora en las cumbres de los montes, te recibió, como un hallazgo, de alguna de las ninfas del Helicón, con las que tantísimas veces se solaza?

Se acerca el viejo pastor de Layo, acompañado de dos siervos de Edipo.

EDIPO.- Si he de conjeturar yo también, ancianos, aunque no me he encontrado con él nunca, me parece ver al pastor que andamos buscando hace tiempo. Pues su extrema vejez coincide con la de este hombre y además reconozco a los que lo traen como siervos míos. Pero en conocimiento tuyo, sin duda, puedes aventajarme, habiéndolo visto antes.

CREONTE.- Lo reconozco, en efecto, sábelo bien. Estaba al servicio de Layo y como pastor nadie le ganaba en fidelidad.

EDIPO.- (*Al servidor*) ¡Eh!, tú, anciano, mírame y respóndeme a cuanto te pregunte. ¿Eras tú de la servidumbre de Layo?

SERVIDOR.- Fui siervo, no comprado, sino nacido en casa.

EDIPO.- ¿En qué trabajo te ocupabas o qué vida llevabas?

SERVIDOR.- La mayor parte de mi vida cuidaba de los rebaños.

EDIPO.- ¿En qué parajes especialmente acampabas?

SERVIDOR.- A veces en el Citerón; otras, en la región limítrofe.

EDIPO.- Entonces, ¿recuerdas haber visto a este hombre en alguna parte?

SERVIDOR.- ¿Qué hacía? ¿De qué hombre hablas?

EDIPO.- De este que está presente. ¿Te encontraste con él alguna vez?

SERVIDOR.- No de suerte que pueda responder rápidamente de memoria.

MENSAJERO.- Nada tiene de extraño, señor, pero yo le refrescaré la memoria, si lo ha olvidado. Pues estoy seguro de que se acuerda de cuando por la región del Citerón, él con dos rebaños y yo con uno, anduvimos juntos, en tres ocasiones durante seis meses completos, desde la primavera hasta Arturo²¹. En invierno, yo conducía mis rebaños a mis rediles, y él a los apriscos de Layo. ¿Hablo de algo que ha ocurrido o no?

SERVIDOR.- Dices la verdad, aunque han pasado muchos años.

MENSAJERO.- ¡Ea!, dime ahora: ¿te acuerdas de haber encontrado entonces un niño para que lo criara como hijo mío?

SERVIDOR.- Pero, ¿qué ocurre? ¿A qué viene esa pregunta?

MENSAJERO.- Aquí tienes, amigo, a aquel que entonces era un recién nacido.

SERVIDOR.- ¡Maldito seas! ¿No callarás?

EDIPO.- No le reprendas, anciano, pues son tus palabras y no las suyas las que merecen castigo.

SERVIDOR.- ¿En qué he faltado, oh, el mejor de los amos?

EDIPO.- En no querer decir nada del niño sobre el que éste pregunta.

SERVIDOR.- Habla sin saber nada y se esfuerza inútilmente.

EDIPO.- Si no hablas de grado, hablarás llorando.

²¹.- Es decir, hasta septiembre, en que es visible Arturo, estrella de la constelación del Boyero.

SERVIDOR.- No, por los dioses, no maltrates a un anciano como yo.
 EDIPO.- ¿No le atará alguien rápidamente las manos a la espalda?
 SERVIDOR.- Desgraciado de mí, ¿por qué? ¿Qué otra cosa quieres saber?
 EDIPO.- ¿Le entregaste a éste el niño de que nos habla?
 SERVIDOR.- Se lo entregué. ¡Ojalá me hubiese muerto en aquel día!
 EDIPO.- Este hombre, según parece, busca dilaciones.
 SERVIDOR.- Yo no, por cierto. Ya dije que se lo entregué.
 EDIPO.- ¿De dónde lo tomaste? ¿Era tuyo o de otro?
 SERVIDOR.- Mío no era. Lo recibí de alguien.
 EDIPO.- ¿De cuál de estos ciudadanos? ¿De qué casa?
 SERVIDOR.- No, por los dioses, no me preguntes más.
 EDIPO.- Muerto eres, si he de repetirte la pregunta.
 SERVIDOR.- Era uno de los nacidos en la casa de Layo.
 EDIPO.- ¿Esclavo o del linaje del rey?
 SERVIDOR.- ¡Ay! Estoy en el punto terrible de decir.
 EDIPO.- Y yo de escuchar. Con todo, he de escucharte.
 SERVIDOR.- Se decía que era hijo suyo. Pero la que está dentro, tu mujer, te podrá decir mejor lo que hay.
 EDIPO.- ¿Acaso ella te lo entregó?
 SERVIDOR.- Precisamente, señor.
 EDIPO.- ¿Con qué objeto?
 SERVIDOR.- Para que acabase con él.
 EDIPO.- ¡Una madre, desdichada!
 SERVIDOR.- Por miedo a unos funestos oráculos.
 EDIPO.- ¿Cuáles?
 SERVIDOR.- Se decía que debía de matar a su padre.
 EDIPO.- Entonces, ¿por qué se lo entregaste a ese anciano?
 SERVIDOR.- Por compasión, señor, creyendo que lo llevaría a otra tierra, de donde él era hijo, pero éste lo salvó para las mayores desgracias. Porque si eres el que éste dice, sábetelo que has nacido desventurado.
 EDIPO.- ¡Ay, ay! Todo va cumpliéndose exactamente. ¡Oh luz! ¡Así te vea por última vez! Pues queda patente que he nacido de quienes no debía, tenido trato con quienes no me era lícito y dado muerte a quien no debía.

Edipo se precipita dentro del palacio.

CORO.- *¡Oh, generaciones de los mortales! ¡Cómo calculo que es igual vuestra vida y la nada! Pues, ¿qué hombre, qué hombre obtiene más felicidad que la que imagina para declinar cuando la ha imaginado? Teniendo tu destino, el tuyo, como ejemplo, oh desventurado Edipo, no hay mortal que considere feliz.*

Tú, lanzando la flecha, certero como nadie, ganaste la felicidad del todo venturoso, y destruyendo la virgen de corvas uñas, cantora de enigmas, te alzaste en mi tierra como un baluarte contra los muertos. Por ello desde entonces te proclamo mi rey, y obtuviste los más altos honores reinando en esta gran Tebas.

Y ahora, ¿quién tiene más desgraciada historia? ¿Quién es, quién, el que vive en medio de trabajos, de desastres feroces por un cambio de vida? ¡Ay, noble y querido Edipo! El mismo gran puerto bastó al padre y al hijo para arribar como esposo. ¿Cómo, cómo pudieron los surcos sembrados por tu padre soportarte, desgraciado, tanto tiempo en silencio? Te descubrió, a pesar tuyo, el tiempo que todo lo ve y juzga estas nupcias que no son nupcias, en que engendraba el engendrado. ¡Ay, hijo de Layo! ¡Ojalá, ojalá nunca te hubiera visto! Gimo, lanzando sin medida alaridos de mi boca. Pero a decir verdad, gracia a ti tomé aliento y pude cerrar mis ojos al sueño.

Sale corriendo un mensajero de palacio.

MENSAJERO.- ¡Oh vosotros, honrados siempre, los que más en esta tierra! ¡Qué acciones vais a oír y a ver! ¡Cuánto duelo sufriréis, si, fieles a vuestro linaje, os impresionáis todavía por la casa de los Labdácidas! Pues creo que ni el Istro ni el Fasis²² podrían lavar con su corriente purificadora este palacio, todo cuanto encierra. Pero otras desgracias, queridas, no involuntarias, saldrán al punto a luz. De los males, afligen especialmente los que resultan por propia decisión.

CORIFE0.- Basta con lo que sabíamos para gemir profundamente. Además de esto, ¿qué dices?

MENSAJERO.- Las palabras más rápidas de decir y de entender: ha muerto la divina Yocasta.

CORIFE0.- ¡Oh, desdichada! ¿Por qué causa?

²².- El Danubio y el Rion, que desembocan en el mar Negro. La misma imagen emplearon, entre otros, Séneca y Shakespeare.

MENSAJERO.- Ella por sí misma. De lo sucedido, falta lo más doloroso, pues no existe la visión. Sin embargo, en lo que alcanza mi memoria, sabrás los sufrimientos de aquella desgraciada. Cuando, furiosa, atravesó el vestíbulo, se lanzó hacia su cámara nupcial, arrancándose los cabellos con ambas manos. Una vez hubo entrado, cerrando por dentro las puertas, llama a Layo, difunto desde hace tiempo, recordando su antigua simiente, por la que él había de morir, y dejaría a sus propios hijos la procreadora de una prole funesta. Deploraba el lecho, donde, desventurada, pariera una doble generación, un esposo del esposo e hijos de sus hijos. Cómo después de esto murió, no lo sé, porque Edipo, gritando, se precipitó dentro y por ello no fue posible contemplar el fin de la reina, pues dirigimos nuestras miradas hacia aquel que vagaba de acá para allá. Se acerca a nosotros pidiéndonos una espada y preguntando dónde encontraría a la que era y no era su esposa, sino aquel doble materno campo, suyo y de sus hijos. En su furor, un dios se la muestra, porque no fue ninguno de los que estábamos cerca. Gritando terriblemente y como de la mano de un guía, se lanza contra la doble puerta, hace ceder el cerrojo, que salta de los goznes, y se precipita a la habitación. Allí, colgada, vimos a la mujer, meciéndose en la trenzada cuerda que la ahoga. Él, desdichado, cuando la vio, lanzando un terrible rugido, afloja el lazo que cuelga. Luego que la infeliz yacía en tierra, fue atroz de ver lo que presenciábamos. Arrancando de los vestidos los broches de oro con los que se adornaba, los levantó y se los clavó en las órbitas de los ojos, diciendo cosas como éstas: que ya no verían ni los males que había sufrido ni los que había realizado, sino que, en adelante, habrían de ver en tinieblas a los que no hubieran debido ver, y no habrían de reconocer a quienes necesitarían. Con tales lamentaciones, repetidas una y otra vez, se iba desgarrando los párpados y al mismo tiempo las sangrientas pupilas empapaban la barba, y no eran gotas chorreantes de sangre las que corrían, sino negra lluvia de sangrienta granizada que todo lo mojaba. Éstas son las desgracias que han irrumpido por causa de los dos, no de uno sólo; males comunes a marido y mujer. Su antigua dicha de antaño, era entonces, de veras, felicidad. Ahora, en cambio, en este día es lamento, maldición, muerte, ignominia: de todos cuantos males tienen nombre, no hay ninguno que falte.

CORIFEO.- Y ahora el desgraciado, ¿tiene algún alivio en su mal?

MENSAJERO.- Grita que abran las puertas y que alguien muestre a todos los cadmeos al parricida, al que a su madre -pronuncia impiedades que no puedo repetir-, con la intención de expulsarse del país y de no permanecer ya en su palacio, maldito por las maldiciones que sobre sí se echó. Sin embargo, necesita una fuerza y un guía: el mal es mayor de lo que se puede soportar. Él te lo enseñará, pues se descorren los cerrojos de las puertas y pronto verás un espectador capaz de arrancar lamentos incluso a quien le odiara.

Se abren las puertas del palacio y aparece Edipo con los ojos ensangrentados.

CORO.- *Oh, desgracia terrible de ver para los hombres! ¡Oh, lo más horroroso de todo cuanto me he encontrado! ¿Qué locura, infeliz, te atacó? ¿Qué dios saltó sobre ti, con salto mayor que los más largos, sobre tu triste destino? ¡Ay, desdichado! Ni siquiera puedo mirarte, a pesar de que tanto quiero preguntarte, tanto oírte y verte. ¡Tal estremecimiento me causas!*

EDIPO.- ¡Ay, ay, desgraciado de mí! ¿A qué tierra me llevan mis pasos? ¿Adónde vuela mi voz en el viento? ¡Ay destino! ¿En dónde te precipitaste?

CORIFEO.- Es un horror que no puede ni oírse ni verse.

EDIPO.- ¡Oh, nube abominable de tinieblas, que se precipitó sobre mí, indecible, irresistible, impulsada por viento funesto! ¡Ay, ay, de nuevo! ¿Cómo me ha entrado a la vez la punta de estos agujones y el recuerdo de mis males!

CORIFEO.- No es maravilla que en tales sufrimientos, tengas un doble duelo y soportes dobles males.

EDIPO.- ¡Ay, amigo! Tú eres mi único servidor, pues aún soportas cuidarte de este ciego. ¡Ay, ay! No me pasas inadvertido, sino que, aun estando en tinieblas, reconozco al menos, claramente, tu voz.

CORIFEO.- ¡Oh, realizador de acciones horribles! ¿Cómo tuviste valor para destruir tu vista? ¿Qué divinidad te impulsó?

EDIPO.- Apolo, Apolo, amigos, ha sido el autor de estos males, de estos mis sufrimientos. Pero el golpe no lo descargó nadie, sino yo con mi mano, desgraciado. Pues, ¿para qué yo había de ver si, viendo, no había nada que fuera agradable de ver?

CORIFEO.- Así era como tú dices.

EDIPO.- ¿Qué puedo yo ya ver, o qué amar, o qué salutación escuchar con placer, amigos? Sacad cuanto antes fuera del país, sacad, amigos, a esta gran ruina, al mortal más maldito, más aborrecido de los dioses.

CORIFEO.- ¡Desdichado por tu desgracia y por el conocimiento de ella! ¿Cómo quisiera no haberte conocido nunca!

EDIPO.- ¡Ojalá perezca aquel que en los pastos me soltó los crueles grillos de los pies y me libró de la muerte y me salvó la vida, no habiendo nada que tenga que agradecer! Porque si entonces yo hubiera muerto, ni para los míos ni para mí sería tan gran motivo de aflicción.

CORIFEO.- También yo lo quisiera así.

EDIPO.- No hubiera llegado a ser el asesino de mi padre, ni sería llamado por los hombres esposo de aquella de quien nací. Ahora, en cambio, estoy dejado de los dioses, hijo de seres impuros, congenitor con aquellos de quienes nací. Y si hay un mal mayor todavía, le ha tocado en suerte a Edipo.

CORIFEO.- No sé cómo puedo decir que lo que has decidido está bien. Sería mejor para ti no existir ya que vivir ciego.

EDIPO.- No trates de demostrarme que lo que está hecho no es lo mejor, ni me aconsejes más. No sé con qué ojos hubiera podido mirar, al llegar al Hades²³, a mi padre y a mi desgraciada madre, cuando los crímenes que contra ellos dos he cometido no se pagan ni con la horca. Pero, ¿es que me hubiera sido deseable mirar el rostro de mis hijos, nacidos como nacieron? No, ciertamente; al menos con mis ojos nunca. Ni la ciudad, ni las torres, ni las sagradas imágenes de los dioses, de los que, infeliz, yo mismo me privé al ordenar que todos rechazaran al impío, al declarado impío por los dioses y del linaje de Layo. Habiendo revelado esta mancha mía, ¿les había de mirar con ojos serenos? De ningún modo. Al contrario, si fuera posible aún obstruir la fuente del oído, no me contendría de cerrar mi cuerpo miserable, para ser ciego y sordo del todo, porque es agradable que la mente viva fuera de desgracias. ¡Oh, Citerón! ¿Por qué me recogiste? ¿Por qué al punto de recibirme no me mataste, así nunca hubiera mostrado a los hombres de dónde había nacido? ¡Oh, Pólipo, Corinto, antiguo palacio, de nombre paterno, qué belleza criasteis en mí, supurando males por dentro! Ahora se

²³.- Los griegos se representaban la mansión de los muertos como un lugar sombrío, en donde los difuntos eran una especie de imagen de lo que habían sido en vida.

encuentra que soy un malvado y nacido de malvados. ¡Oh tres caminos, y escondido valle y encinar, y angostura en la triple senda, que bebisteis de mis manos mi sangre, la de mi padre!, ¿recordáis qué crímenes cometí en vuestra presencia y luego aquí los que he vuelto a cometer? ¡Oh matrimonio, matrimonio! Me diste la vida, y volviendo a plantar hiciste brotar la misma simiente, y mostrarse a padres, hermanos, hijos, sangre de la misma estirpe, a esposas a la vez mujeres y madres, y cuantas obras hay más vergonzosas entre los hombres. Pero no es dado hablar de lo que es feo hacer. Por los dioses, escondedme cuanto antes fuera de aquí, o matadme, o arrojadme al mar, donde no podáis verme jamás. Venid, dignaos tocar a este miserable, obedecedme, no temáis; porque mis males nadie sino yo es capaz de llevarlos.

CORIFEO.- Sobre lo que pides, aquí está Creonte, a tiempo de tomar una resolución y dar un consejo, ya que ha quedado el único guardián de esta tierra en tu lugar.

EDIPO.- ¡Ay de mí! ¿Qué le diré? ¿Qué confianza, en justicia, encontraré, cuando antes me he portado con él en todo como un malvado?

CREONTE.- No he venido, Edipo, para burlarme, ni para echarte en cara ninguno de los insultos de antes. Pero si ya no sentís pudor ante los hijos de los hombres, al menos reverenciad la llama que todo lo nutre del soberano Sol, y no mostréis así al descubierto a tal impuro, que ni la tierra, ni la santa lluvia, ni la luz podrán tolerarlo. Llevadlo cuanto antes a palacio, pues lo piadoso es que sólo los de familia vean y escuchen los males de casa.

EDIPO.- Por los dioses, puesto que me has librado de mis temores mostrándote tan amable con un misérrimo como yo, escuchame. En tu interés, no en el mío, hablo.

CREONTE.- ¿Y qué necesitas, qué me suplicas de tal manera?

EDIPO.- Arrójame de esta tierra cuanto antes, adonde ningún mortal me dirija más la palabra.

CREONTE.- Lo hubiera hecho, sábelo bien, si no hubiera deseado saber antes de Apolo qué se debe hacer.

EDIPO.- Pero su oráculo bien patente quedó: acabar con el parricida, con el impío, que soy yo.

CREONTE.- Así dijo; con todo, en el trance en que estamos, es mejor saber qué se debe hacer.

EDIPO.- ¿Así, por un miserable, consultaréis al oráculo?

CREONTE.- Y tú ahora bien podrás dar crédito al dios.

EDIPO.- Sí, y a ti te encargo y suplico que dispongas como quieras las exequias de la que está en casa, pues cumplirás un deber con uno de los tuyos. En cuanto a mí, mientras viva, que jamás se digne esta ciudad paterna tenerme como un habitante. Al contrario, déjame vivir en los montes, donde es famoso ése, mi Citerón, que mi padre y mi madre en vida me asignaron como tumba propia, para que muera por aquellos que intentaron matarme. En todo caso esto es cierto, que ni enfermedad ni cosa parecida me aniquilará, porque no hubiera sido salvado, cuando estaba a punto de morir, para alguna horrible desgracia. Pero mi destino que vaya por su camino. De mis hijos varones, no te preocupes, Creonte; hombres son, de tal manera que donde estén, no les faltarán medios de vida. Pero de estas dos pobres niñas, tan dignas de compasión, para las que jamás se sirvió aparte mi mesa sin este hombre, y que participaban siempre de todo cuanto yo tocaba, de ésas, sí, tenme cuidado. Y especialmente, déjame tocarlas con mis manos y llorar mis miserias. ¡Ah, príncipe, noble señor! Tocándolas con las manos me parecerá tenerlas, como cuando las veía.

Pero, ¿qué digo? Por los dioses, ¿no estoy ya acaso oyendo llorar a mis dos hijas queridas? ¿Creonte por piedad me ha enviado a mis estimadísimos retoños? ¿Es cierto?

CREONTE.- Cierto es. Soy yo quien lo dispuso, imaginando el gozo presente, que hace tiempo te apremiaba.

EDIPO.- ¡Que tengas ventura y por esta acción que la divinidad te guarde mejor que a mí! ¡Oh, hijas! ¿Dónde estáis? Acercaos, venid a estas fraternas, a estas mis manos, que han hecho que veáis así los ojos antes brillantes del padre que os engendró. Yo, hijas, que sin ver ni saber nada, resulté para vosotras padre con aquella en que fui engendrado. Y lloro por vosotras, pues no puedo miraros, cuando pienso en el porvenir de vuestra amarga vida, en cómo os será necesario vivir por causa de los hombres. Porque, ¿a qué reuniones de ciudadanos acudiréis, a qué fiestas, de las que no hayáis de regresar a casa, llorando, en vez de disfrutar del espectáculo? Y cuando lleguéis a la edad del casamiento, ¿quién habrá, hijas, quién que se arriesgue a cargar con estos oprobios que serán la ruina juntamente de mis padres y de vosotras? ¿Qué crimen falta? Vuestro padre mató a su padre y aró los campos maternos en los que fue sembrado y os tuvo a vosotras de la misma de la que nació. Tales cosas se oes echarán en cara. Y además, ¿quién se querrá casar con vosotras? Nadie, hijas, sino que, evidentemente, os habréis de consumir estériles y solteras.

¡Oh, hijo de Meneceo! Puesto que eres el único padre que les queda, ya que los dos que les dimos la vida estamos perdidos, no permitas que ellas, consanguíneas tuyas, vayan errantes, pobres y sin maridos, ni las iguales a estos mis sufrimientos. Ten piedad de ellas, viéndolas tan jóvenes, privadas de todo, excepto de lo que de ti depende. Prométemelo, noble príncipe, tocándome con tu mano. Y a vosotras, hijas, si tuvierais ya razón, muchos consejeros os diera. De momento, creedme, pedid tan sólo que, en donde las circunstancias os permitan vivir, logréis una vida mejor que la del padre que os engendró.

CREONTE.- Bastantes lágrimas has derramado. Ahora entra en palacio.

EDIPO.- He de obedecerte, aunque nada me gusta.

CREONTE.- Todo está bien en su momento oportuno.

EDIPO.- ¿Sabes en qué condiciones entraré?

CREONTE.- Habla y lo sabré al escucharlo.

EDIPO.- Que me echéis lejos de la patria.

CREONTE.- Lo que pides es una concesión del dios.

EDIPO.- Pero he dejado de ser odioso a los dioses.

CREONTE.- Así pronto lo obtendrás.

EDIPO.- ¿Consientes entonces en ello?

CREONTE.- Lo que no sé no acostumbro decirlo en vano.

EDIPO.- Sácame, pues, ya de aquí.

CREONTE.- Camina y deja a tus hijas.

EDIPO.- No, no me las quites.

CREONTE.- No quieras decidir en todo. Pues incluso aquello en que mandabas no te ha acompañado en vida.

Edipo, conducido por Creonte y sus servidores, entra en palacio. El coro sale de la orquesta mientras el corifeo recita lo siguiente:

CORIFEO.- ¡Habitantes de Tebas, mi patria! Mirad: ese Edipo, que resolvió los famosos enigmas y era un hombre poderosísimo, cuya fortuna todos los ciudadanos mirabais con envidia, ha caído en un oleaje de terrible desgracia. De suerte que, siendo uno mortal y considerando el último día, no proclame a nadie feliz hasta que no haya traspasado el término de su vida sin haber sufrido dolor alguno.

Preguntas sobre *Edipo, rey*

1. *Edipo, rey* es una de las obras maestras de Sófocles. Cuenta todo lo que sepas de él.
2. Resume brevemente el argumento de esta obra.
3. Para entenderla mejor, es casi imprescindible conocer una serie de hechos anteriores al comienzo de la propia obra. Cuéntalos.
4. Realiza un esquema con los antepasados y descendientes de Edipo.
5. ¿Cuál era la preocupación que tenía afligido al pueblo de Tebas?
6. Creonte responde a Edipo que no vengaron la muerte de Layo por culpa de la Esfinge. Investiga qué quiere decir con ello.
7. En la obra intervienen diferentes personajes. Haz una relación y diferencia claramente el papel de cada uno en la obra.
8. Los tebanos, a través del oráculo, consultan a los dioses: ¿sobre qué asuntos lo consultan?

9. ¿Quién descubre y cuándo la verdad de Edipo?
10. Resume el desenlace de la obra de manera que quede claro cuál es el final de Edipo y de Yocasta.

Guía de lectura de *Edipo, rey*

Edipo, rey es la obra maestra de Sófocles y una de las tragedias más representativas del teatro griego por las siguientes razones:

- 1) la difícil cuestión que plantea: si alguien se salta a la torera las más elementales normas de la naturaleza, aunque sea de forma inconsciente, ¿debe ser castigado?
- 2) La magnífica gradación con que la verdad va siendo descubierta por el protagonista, lo que hace que la estructura de la pieza sea perfecta.
- 3) La reciedumbre del trazado psicológico de Edipo, que se ve forzado a elegir entre la verdad, que amenaza destruirlo, y la mentira, que le prolongaría indignamente la vida.
- 4) Es la más bella y poderosa plasmación literaria del desgarramiento íntimo que ha de superar el niño para convertirse en adulto y hacerse un lugar en la familia y en la sociedad.

Diálogo entre el sacerdote y Edipo

¿Por qué ha ido el sacerdote con los jóvenes a ver a Edipo?

Descripción de Tebas asolada por la peste.

¿Por qué está agradecida la ciudad a Edipo y por qué éste ha de ayudarla de nuevo?

Actitud de Edipo. El remedio que ha puesto en práctica.

Diálogo de Edipo y Creonte

¿Qué remedio le ha dado el oráculo a Creonte?

Noticias que se conocen sobre la muerte de Layo. ¿Qué impidió a los tebanos hacer entonces las necesarias averiguaciones?

¿Qué decisión toma Edipo?

Primera intervención del coro y el corifeo

Explica quiénes forman el coro y a qué dioses invocan en este primer parlamento.

En el tercer párrafo enumeran las consecuencias de la peste sobre Tebas.